La conquista del ESPACIO

LA ESFINGE COMETA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA ESFINGE COMETA

Título Original: *La Esfinge Cometa*

Colección: La Conquista Del Espacio 526
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO PRIMERO

—Cuando el cometa aparece, le sigue la destrucción —explicó aquel extraño viejo, habitante de un planeta que no aparecía en los mapas galácticos que poseían los terrícolas.

El viejo era delgado, casi sarmentoso. Su luenga barba blanca llegaba casi hasta sus rodillas de color pardo. Se cubría con hojas y sus ojos eran como bolitas pequeñas bailando dentro de las grandes cuencas oscuras. No era un rostro terrícola, más bien recordaba al espectro de un muerto aparecido.

—¿De qué cometa habla? —le preguntó Ikem.

El viejo del planeta desconocido miró al cielo de color morado. Apuntó con su índice y lo movió de noroeste a sudeste.

—Así pasó y giró durante tres soles y tres lunas; luego, desapareció. Lo vimos, sí, lo vimos todos. Yo era un niño, de eso hace casi, casi… Ya me olvido, pero deben ser casi trescientos años.

Nemrod miró a Ikem interrogante.

—¿Has oído lo mismo que yo, Ikem?

—Sí, casi trescientos años.

—¿Crees que eso es posible?

—¿Por qué no? Todo depende de los metabolismos, de las temperaturas, la alimentación y la herencia genética. —Se volvió hacia el tembloroso anciano para preguntarle—: ¿Y cuánto viven los seres de este planeta?

—Vivían. Creo, creo que sólo quedo yo.

—Es posible que haya alguien más en el planeta —objetó Nemrod, cortésmente dubitativo.

—No consiguieron destruir la vida, pero sí a casi toda nuestra especie. Luego, con los años, fueron muriendo los pocos que quedaban.

—¿Cómo fue? —insistió Ikem.

—Ya os lo he dicho, extranjeros, fue el cometa de la esfinge.

—¿El cometa de la esfinge? —repitió Nemrod, brillándole los ojos al mirar interrogante a su compañero Ikem.

—Hemos oído hablar del cometa de la esfinge en otros planetas. Sabemos que es áureo y luminoso, que tiene ojos gigantescos que todo lo miran y una larga cola iridiscente de millones de kilómetros. Ha pasado por muchos sistemas estelares.

—Cuando el cometa se alejó, todos en el planeta ya creían que el peligro de lo extraño, de lo sobrenatural, de lo que creían la diosa cometa, había desaparecido. Y entonces cayó sobre nosotros la lluvia de rayos destructores que asolaron el planeta.

—¿Cómo eran esos rayos? —quiso saber Ikem, profundamente interesado.

—Cegadores y rectos como la mirada de los justos. Luego, al chocar contra nuestros árboles, contra nuestras casas y templos, se desparramaban como miríadas de estrellas y nada quedaba. Y los que estaban lejos y eran tocados por los millones de diminutas chispas que cubrían todo el planeta, morían entre horribles quemaduras y así, agonizando, los hubo que estuvieron hasta cien años.

—¿Y luego? —preguntó Ikem.

—Desaparecieron. Sobrevino la calma de la desolación, del lamento, de la agonía y el hambre, todo era una plaga asesina.

—Pero la vegetación que hay ahora… —observó Nemrod.

—Hay quien dice o mejor, decía, porque creo que soy el último ser de este planeta, que las semillas que se hallaban bajo el suelo, fructificaron y resurgió la vegetación, no toda, ya que muchísimas especies desaparecieron.

—¿Y qué dijeron otros? —preguntó Ikem.

—Que hubo una lluvia de semillas de todas clases sobre el planeta, que luego llovió torrencialmente y después, la naturaleza hizo el resto.

—¿Quiere decir que los mismos que asolaron el planeta, quemándolo, lo sembraron luego de toda clase de semillas para que resurgiera la vegetación? —inquirió Ikem.

—No, no es seguro, es sólo lo que dijeron algunos. También pudo ser el viento que levantaba polvo y piedras.

—¿Y usted qué cree?

—No lo sé —respondió con voz gutural, cansada—. Sólo sé que sufrimos el castigo de la esfinge.

—¿Y por qué habría de castigarles? ¿Acaso es un dios o una diosa esa esfinge-cometa de que habla?

—Muchos dijeron que era la diosa de la muerte, la diosa del castigo, la verdugo de los dioses. Nadie supo explicarlo bien, pero sí hubo quienes lo habían predicho, quienes habían hablado de que un día…

—¿Un día, qué? —apremió Nemrod.

—Llegaría el cometa de la esfinge y nos destruiría, y así fue.

—Le voy a desvelar un secreto, venerable anciano —dijo el terrícola Ikem, alto, de cabello cobrizo, ojos verdes y anchas espaldas atléticas que no le hacían parecer grueso en absoluto.

—¿Un secreto?

—Lo vas a destruir, Ikem —opinó el marciano Nemrod, compañero de viajes del terrícola Ikem.

No es que Nemrod descendiera de generaciones marcianas, sino de los terrícolas que se habían asentado en el planeta rojo, colonizándolo. Posteriormente, los nacidos en Marte, después de la tercera generación, habían adquirido un color ocre de piel.

Tenían el cabello albino y eran algo más bajos que el promedio de los terrícolas y mucho más macizos de musculatura. Los dientes se les habían transformado y era una fina hilera en forma de curva que más semejaba una sierra fina. Carecían de colmillos visibles.

—¿Qué método de viaje ha utilizado? —preguntó Ikem al anciano.

—Este —dijo, señalando sus pies.

—Pero aquí hubo una civilización tecnológicamente avanzada.

A la observación de Nemrod, el anciano explicó:

—Sí, tuvimos unas naves espaciales que no pudieron ni acercarse a la esfinge-cometa, pues todos los elementos de la nave enloquecían y se perdían los controles. De la esfinge emanaba un terrible poder contra el que nuestra civilización nada pudo. Yo era demasiado pequeño y sólo supe lo que se me contaba y luego lo que hablaron los supervivientes como yo. Grabamos cuanto pudimos de nuestra civilización en piedras, puesto que no quedaba nada de lo que habíamos tenido. Cincelamos en piedra nuestros recuerdos para no perder totalmente nuestra cultura artística, científica y tecnológica, pero… —su voz vaciló aún más— no ha servido de nada. Conmigo muere, es decir, morirá toda mi civilización.

—Venga con nosotros, venerable Anaem —le pidió Ikem.

Invitaron a subir al anciano al vehículo atom-hovercraft y éste se puso en marcha pilotado por Ikem.

Los bosques, casi vírgenes por la ausencia de seres inteligentes, eran espesos.

En cierto modo, era hermoso ver una flora en apariencia virgen, pues ya no lo era, ya que se asentaba sobre la destrucción de una civilización vieja y arrasada; sin embargo, la fauna era muy escasa, como si los causantes de aquella especie de matanza esperaran que a través de las decenas de milenios, quizá de los millones de años, en aquel planeta que giraba en torno a su estrella-sol se reprodujera una nueva fauna según las necesidades del propio planeta, su climatología y su flora.

Llegaron a una planicie situada sobre una especie de cañón que se abría en estrecha y profunda garganta por la que emanaba un ruido bronco a causa de las aguas que discurrían por su fondo.

La cosmonave poseía líneas aerodinámicas, lo que le permitía la navegación a cualquier velocidad dentro de las atmósferas que envolvían los respectivos planetas.

La *Space Spirit AM* era una cosmonave de tipo medio a ligera, con posibilidades de alcanzar altísimas velocidades que permitían los viajes interestelares.

También podía descender a los planetas, lo que no ocurría con otras pesadas cosmonaves que debían mantenerse en órbita de los planetas a los que arribaban mientras de su panza brotaban otras naves más pequeñas que descendían a los planetas.

La visión de la *Space Spirit AM* tuvo la virtud de agrandar los ojos pequeños como bolitas dentro de las grandes cuencas oscuras que semejaban carecer de párpados del viejo Anaem, el superviviente de una civilización *genocidada*.

Ikem observó que en los ojos del anciano aparecían unas lágrimas de color morado, pues en general sus humores eran distintos a los terrícolas.

—Me hace recordar todo lo que perdimos, es decir, todo lo que se perdió, incluidos nosotros, los que teníamos la soberbia como bandera.

—Pese a todo, nadie puede arrogarse el derecho de masacrar, de hacer desaparecer a una civilización planetaria —le observó Ikem.

—Entremos —pidió Nemrod, y el vehículo atom-hovercraft ascendió por la rampa sin tocarla, pues se deslizaba sobre un colchón provocado por la energía invisible de *electromagnetic super-N*.

Al entrar el pequeño vehículo en la cosmonave de aspecto cónico, con unas pequeñas alas delta en su cola, la rampa se ocultó y la puerta

se cerró.

La *Space Spirit AM* ascendió en oblicuo produciendo un penetrante silbido. Apuntando al espacio, cruzó la atmósfera y volvió a virar para regresar de nuevo al planeta, pero a un lugar distinto del que habían partido.

El viejo Anaem, desconcertado, como inmerso en un sueño fantástico, lo observaba todo con sus pequeños ojos muy abiertos, encajado su cuerpo sarmentoso en la butaca anatómica.

Sabía bien que había seres en otros mundos y lo mismo le daba que procedieran de un planeta de tal o cual estrella que de otro, pues no podía diferenciar los distintos lugares, pero sí sabía que algún día llegarían seres del espacio como también había llegado la pavorosa esfinge-cometa.

Ikem encendió la pantalla que se hallaba sobre la gran ventana panorámica que le permitía ver directamente hacia el exterior.

—¿Ve lo que hay ahí?

—¿En la ventana de arriba? —preguntó el viejo Anaem.

—Sí —se rio ligeramente Nemrod que sabía muy bien que la pantalla de teletrivisión era una ventana, pero una ventana artificial electrónica que les permitía ver mucho más lejos de lo que podía alcanzar un ojo humano, fuera de la especie que fuese.

—Veo un desierto.

—Mire ahí.

—Pirámides…

—¿Conocía su existencia?

—Había oído hablar de ellas.

—Eh, Ikem, acorta la velocidad —pidió Nemrod.

La cosmonave casi se frenó en el aire mientras el propio Ikem manipulaba el teclado de la telectroscopia. En la pantalla apareció algo que el viejo Anaem reconoció de inmediato.

—¡La esfinge!

—Sí, la esfinge siempre está junto a las pirámides —observó Nemrod.

Ikem se preguntó en voz alta:

—¿Vigila las pirámides o acaso el cielo?

—Debieron de construirla los que esperaban la esfinge —dijo, siempre trémulo el anciano Anaem.

—Ahí abajo existe un pueblo con vida —le observó Ikem.

—No, no puede ser —musitó emocionado el anciano Anaem.

—Ahora lo verá.

La *Space Spirit AM* descendió sobre la arena de aquel inmenso desierto donde aguardaba la mayor de las sorpresas al anciano Anaem.

CAPÍTULO II

El viejo Anaem miraba fijamente la gran esfinge cincelada en piedra. Su tamaño cuadriplicaba casi el volumen de la cosmonave de los terrícolas y su color era dorado a la luz de las estrella-sol que daba vida a aquel desconocido planeta, aún no catalogado en los mapas que la civilización terrestre poseía de la galaxia en la que se hallaba inmersa.

—¡Es la esfinge, la esfinge que nos asoló! —repetía trémulo el anciano, incrédulo de hallarse ante aquel rostro humano que semejaba mirar a la eternidad.

—Es magnífica, ¿verdad? Está tallada toda en una gigantesca roca —observó Ikem.

—La veneración de la esfinge la hemos encontrado en todos los planetas que hemos visitado, haya habido vida o no.

—Nuestro propio planeta Tierra también tiene sus esfinges —explicó Ikem al anciano—. Las hemos tenido en distintas culturas de nuestra historia, con ligeras variaciones. Cabeza de mujer y cuerpo de león, recostado, con una tiara en la cabeza y un velo detrás, cayéndole hasta los hombros.

—Una descripción que corresponde exactamente con la esfinge que tenemos delante —puntualizó Nemrod.

—Sí, son iguales —corroboró Ikem.

—Yo la vi en el cielo volando sobre nosotros. Era de oro y sus ojos se veían brillar en la noche.

—Sería muy grande para que la pudieran divisar a simple vista.

—Sí, sí, la vimos a simple vista. Este monstruo corría por el cielo alrededor de nuestro planeta, impidiendo que se acercara a ella ninguna nave de combate ni de observación porque todo lo enloquecía con su fuerza invisible.

—Me gustaría saber lo que significa esta maldita esfinge —se preguntó Nemrod en voz alta.

—Algún día descubriremos su secreto —opinó Ikem—. Ahora, montemos en el atom-hovercraft.

Con el pequeño, pero veloz vehículo que vencía la gravedad con su energía *electromagnetic super-N*, se desplazaron sobre las arenas del desierto hasta que llegaron sobre un montículo desde el que se dominaba una población de casa bajas junto a la orilla del río, un río amplio y de gran caudal. Sorprendentemente, en la otra margen no había ninguna vivienda, era como si la orilla opuesta estuviera maldita.

—Mire usted mismo esa metrópoli —indicó Ikem.

—Es cierto, y yo que he vivido trescientos años convencido de que prácticamente habíamos sucumbido todos.

—Pues parece ser que a éstos no les tocó la mala suerte —indicó Nemrod.

—Serían los protegidos de la esfinge —replicó el venerable anciano mirando aquel pueblo de casas endebles que, al parecer, aún no había levantado palacio ni grandes templos.

—¿Y por qué ellos han sido protegidos y los demás no? —preguntó Ikem, perplejo.

—No lo sé —respondió el viejo Anaem—, no lo sé. Sin embargo, nosotros ya habíamos conseguido salir de este planeta y volar hasta otros mundos; habíamos descubierto ya el *gonium* y con ese mineral nos creíamos los dueños del universo.

—¿El *gonium*? —preguntó Ikem.

—Sí, la materia minero sintética sobre la que basábamos nuestro futuro energético.

—¿Qué es el *gonium*, en realidad? —quiso saber Ikem.

—Es difícil de explicar. Yo lo aprendí cuando era muy niño; luego, los años me lo han hecho olvidar, siglos de soledad.

—Trate de recordar lo que pueda y nos lo cuenta. Ahora, podemos hacer una visita a esta ciudad.

—Ikem, ¿estás seguro de que quieres bajar?

—Sí, claro.

—Nos verán como demonios llegados del espacio.

—Es lo que yo quería decirles —indicó el viejo Anaem—. Esos seres sobrevivieron a la desolación y no parecen tener la ciencia y la gran tecnología que poseíamos nosotros.

—Sí, viven en un estadio primario similar al de la era de los egipcios en el planeta Tierra, hasta la pirámide y la esfinge recuerdan aquella época —comentó Nemrod.

—Todo esto es muy complicado —admitió Ikem—. Demos un paseo por la metrópoli.

Subieron al vehículo que Ikem pilotó sin prisas, a tan sólo diez o quince kilómetros hora.

Arribaron a las casas que parecían hechas de ladrillo, algunas de cañas y ramajes, muy toscas y primitivas.

Los moradores de aquel lugar, al verles, sufrieron tal conmoción que se sobreexcitaron, chillando y corriendo en todas direcciones como si el diablo al que ellos temían acabara de invadir la ciudad.

Muchos fueron los que se escondieron en sus casas y luego, ya más seguros, se asomaren a las puertas y ventanas para observar a los extraños que se deslizaban sin tocar el suelo.

—Vaya shock les estás causando, Ikem —rezongó Nemrod.

—Sí, ya veo, y como decía el venerable Anaem, esto es muy raro. Si usted, Anaem, conocía las máquinas de volar y las de traslación como este atom-hovercraft que estamos utilizando, ¿cómo es que ellos no las conocían? ¿Acaso esta parte del planeta quedó al margen del avance de la tecnología?

—No lo sé —respondió el viejo, siempre tembloroso—. Yo desconocía la existencia de este pueblo.

—¿Habrán llegado de otra parte?

—¿Qué quieres decir, Nemrod?

El interpelado se encogió de hombros mientras observaba a través de los cristales.

De pronto, escucharon un fuerte golpe. Anaem, temeroso, balbució:

—Nos lapidan.

Una piedra de regular tamaño fue lanzada desde una calleja lateral, dando en el techo del vehículo.

—No tema, no pasa nada. Este *cart* está construido a prueba de pequeños meteoritos y éstos llevan muchísima más velocidad que una piedra lanzada por un ser humano.

A la primera piedra siguieron otras que incluso llegaron a impactar contra los cristales, mas éstos eran de *steel-glass* y resistían perfectamente.

—Parece que quieren sepultarnos bajo piedras —gruñó Nemrod.

—No es problema para nosotros. Para sus armas, llevamos un vehículo blindado.

Así era. Las pedradas, aun impactando con fuerza y siendo algunas de ellas de considerable tamaño, no hacían la más mínima mella en el vehículo terrícola.

—Sois invencibles —opinó Anaem.

—Ante un pueblo primitivo, sí —asintió Ikem.

—¿No te recuerdan a los antiguos egipcios, Ikem? —preguntó Nemrod, añadiendo—: Por lo menos, a lo que dejaron pintado.

—Sí, aunque no son iguales. Esos tienen la piel más oscura, como parda, más vello, los ojos muy grandes y muchísimo más redondos y las narices, aplastadas.

—Por supuesto, no son de la misma raza, pero tienen algunas cosas en común —dijo Nemrod, mirando a través de los cristales a los espantados y enfurecidos seres que vivían en aquella metrópoli primitiva.

—Parece que los estés provocando —dijo Nemrod, divertido, consciente de que las pedradas, lanzazos y flechazos que les lanzaban los habitantes de aquella metrópoli amplia pero mísera, propia de una civilización primitiva, no les dañarían.

—Sí, quiero provocarlos un poco para ver hasta dónde llegan.

—¿Crees que si nos cogen miedo nos dirán el secreto de la esfinge-cometa?

—No creo que ellos conozcan el secreto.

El venerable anciano Anaem miró interrogante al terrícola Ikem con sus ojitos y le preguntó:

—¿Por qué entonces vais detrás de ellos, si sabéis que no os pueden decir nada?

—El secreto no creo que lo sepan, pero sí pueden darnos pistas. Hemos de averiguar por qué la esfinge protege a unos pueblos y asola a otros. ¿Dónde habita y por qué aparece y desaparece, qué es en realidad la esfinge?

Nemrod miraba a los enfurecidos habitantes de la metrópoli que iban perdiendo el miedo al comprobar que aquel carruaje desconocido e intruso no les replicaba lanzándoles nada; nadie quedaba herido entre los habitantes de aquel caluroso lugar.

—Parece que se están envalentonando demasiado —observó el albino Nemrod.

—Daremos unas vueltas más por estas calles para darles tiempo.

—¿A qué? —inquirió Nemrod.

El venerable Anaem también miró interrogante a Ikem que seguía con su mirada puesta hacia adelante.

—Para que se congreguen en multitud.

—¿Y después? —volvió a interrogar Nemrod.

—Nos atacarán —observó Anaem.

—Es lo que espero —dijo Ikem—. Aguardo algo más contundente que esas piedras, lanzazos y flechazos que golpean el *car*. —Miró a Nemrod de reojo y añadió—: Sé perfectamente que hay normas de no atacar a los pueblos primitivos, pero es que no les estoy atacando.

—Según rezan las leyes de la navegación interestelar —intervino Nemrod— no se puede ni siquiera intervenir en sus decisiones políticas ni en las de su desarrollo evolutivo y tecnológico.

—Lo sé, Nemrod, pero se me ocurre pensar que la esfinge sí ha intervenido, atacando a un planeta y protegiendo a uno de sus pueblos que por cierto, parece un pueblo de cretinos.

Dobló otra calle, rodeó un amplio núcleo de casas y enfiló de nuevo por lo que podía constituir la avenida principal de la metrópoli. Allí no había firmes de asfalto ni de cemento, todo era tierra polvorienta.

—Tenías razón, Ikem, ahí vienen —exclamó Nemrod, entre excitado y divertido, convencido de que no les hacían ningún mal a aquellas gentes que temían a los intrusos.

—Ahora se echarán sobre nosotros —se asustó el viejo Anaem.

—Sí, son una multitud. Posiblemente piensan que echándose sobre nosotros, aunque mueran unos cuantos, nos atraparán.

El vehículo avanzaba hacia el frente, compuesto por medio centenar de seres que detrás debían de tener varios millares, formando una muchedumbre belicosa; era como un asalto de infantería.

Cuando ya el *cart* de los terrícolas parecía que iba a embestir, Ikem pulsó una tecla del salpicadero de mandos. Movió el volante y el *cart* se elevó por encima de las cabezas de la multitud que parecía querer atacarles.

Los atacantes quedaron desconcertados al ver que el vehículo de los intrusos se les escapaba de entre las manos, pasando por encima de ellos. Ni alzando los brazos llegaron a tocarlo.

—Qué jugada, deben estar acordándose de tu madre.

—Y de la tuya, Nemrod, de la tuya.

Nemrod se rio, divertido.

El venerable Anaem estaba sorprendido por todo lo que ocurría, pero confiaba en el sentido común de los terrícolas.

Cuando hubo rebasado a la multitud, Ikem dio media vuelta. Descendió su *cart* hasta tan sólo medio metro del suelo sobre el que se deslizaban sin tocarlo, gracias al colchón de *electromagnetic súper N.*

Conectando la potentísima sirena de avisos, embistió contra ellos, lo suficientemente despacio para no dañarles si colisionaban.

—Es la desbandada —observó Nemrod que seguía presenciando divertido cuanto ocurría, aunque también participaba en los hechos como mero sujeto pasivo.

Varias docenas de seres, empujados por el *car*, cayeron al suelo sin quedar dañados, pues el *cart* pasaba por encima ya sin tocarlos al carecer de ruedas.

—Creo que la sirena es lo que más les asusta —opinó Nemrod.

La calle pronto quedó limpia de gente que había huido en todas direcciones al emprender la fuga en desbandada.

—Bien, ya les has hecho correr un poco y ahora, ¿qué? —preguntó Nemrod.

—Ahora hay que buscar el centro de la ciudad. No creo que esto sea una acracia, alguien tiene que mandar.

—Hay unas edificaciones más grandes, están muy lejos de parecerse a palacios o templos, pero…

—Sí, por lo menos tienen el doble de altura que las demás, eso es sólo el principio de lo que puede llegar a desarrollar este pueblo. Ya sabes que esta clase de pueblos primitivos viven con una monarquía sostenida por una fuerte religión,

—Sí, los unos se sostienen a los otros.

Sin ninguna clase de prisa, siguieron recorriendo las calles hasta situarse en una especie de amplia plaza en losada y frente a lo que podía ser edificios de tipo superior.

—Ya hemos llegado —dijo Ikem, cerrando la sirena de avisos y descendiendo el *cart* hasta que quedó quieto en el suelo, sobre las amplias losas irregulares.

—Menos mal que funciona bien la refrigeración —observó Nemrod —. Aquí, la luz de la estrella-sol es tan cegadora como abrasadora.

—¿Pensáis atacarles? —preguntó el venerable Anaem.

—Nada más lejos de mi intención. Creo que les he asustado y ahora hay que esperar. Son como niños frente a nuestra tecnología. No importa que nosotros seamos dos terrícolas con un pequeño vehículo

atom-hovercraft y ellos sean millares; si empleáramos las armas con que estamos equipados, no quedaría ni uno solo de ello con vida en pocos momentos, pero nosotros no hemos de cometer esa barbaridad. No hemos venido aquí para masacrarles, para *genocidar* a todo un pueblo, pero creo que hemos conseguido asustarles y hay que esperar su instintiva reacción de defensa.

La espera no iba a ser larga…

CAPÍTULO III

Sonaron unas trompetas o algo que se le parecía y acto seguido, un múltiple redoblar de tambores.

—Parece que la fiesta comienza —observó Nemrod.

—Sí, esperemos que acabe bien.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó el anciano.

—Es posible que nos envíen algún emisario hablando de amistad y fraternidad —opinó Ikem.

Unas puertas amplias se abrieron en aquellas edificaciones que se diferenciaban de las otras por tener una altura doble.

—¿Un emisario? Creo que llega el poder viviente de esta metrópoli, con plumas y todo —rezongó Nemrod.

Una comitiva sin armas salía de aquel recinto que empezaban a considerar el palacio.

Los seres que iban al encuentro de los terrícolas que aguardaban en su *cart* vestían de distinta forma. A la derecha del personaje que caminaba en el centro y que llevaba tiara con grandes plumas, avanzaban unos hombres calvos, altos, delgados y estirados, cubiertos con túnicas doradas.

A la izquierda del que parecía el monarca o algo similar, iban otros seres ataviados con ricas vestiduras.

Mucho antes de que llegaran a acercarse al vehículo terrícola, Ikem ya los había centrado en la pantalla de TTV que tenía en el salpicadero de mandos y examinaba sus rostros.

—Fíjate, Nemrod.

—¿El qué?

—¿No ves diferencias en sus rostros?

—¡Por todos los meteoros del cosmos, Ikem, sí la veo!

—¿Qué es lo que tanto os llama la atención? —preguntó el anciano.

—Esas caras no son exactas a las de los seres del pueblo.

—La casta —exclamó Nemrod.

Anaem miraba a uno y a otro, desconcertado.

—¿De qué casta habláis?

—De la casta superior que domina a la inferior. El pueblo tiene rasgos faciales propios de seres cretinos.

Nemrod puntualizó:

—Salvando ciertas diferencias con los cretinos de nuestra civilización, que ya quedan pocos gracias a nuestra ciencia médica.

Ikem siguió observando:

—Lo mismo el de las plumas y que debe ser el jefe de la comitiva, los de la túnica doradas que parecen los sacerdotes del culto religioso que deben practicar o los otros que visten trajes ricos, tienen rasgos faciales muy distintos. Estos seres poseen una inteligencia pareja a la nuestra. Hay que tener cuidado, pueden haber iniciado un plan de defensa empleando la astucia, ya que después de los ataques que hemos sufrido han comprendido que la fuerza no les sirve de nada contra nosotros.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Nemrod.

—Seguirles un poco la corriente, decirles que venimos en son de paz y si se les ocurre preguntar si nos manda la esfinge, hay que dejar que se lo crean sin decir que sí ni que no.

—¿Vosotros enviados por la esfinge? —preguntó Anaem.

—Por favor, usted no diga nada, Anaem, no diga nada, cállese y observe. Muéstrese enigmático. Por su aspecto, que no se parece al de ellos, puede que le crean un santón o algo por el estilo, y quienes mantienen un exagerado culto religioso en su sistema de gobierno, respetan a los santones si su aspecto es anciano y venerable o si no les respetan, por lo menos les temen.

El nutrido grupo se detuvo a una docena de pasos frente al *car*. En realidad, todo lo que hacía el ser que iba en el centro de la comitiva, emplumado y muy pintado de rostro, lo repetían los demás. Por ello, cuando se inclinó haciendo una reverencia de bienvenida, los demás no sólo le imitaron, sino que hincaron sus rodillas en el suelo.

Nemrod observó:

—Creo que nos consideran ya seres superiores.

—No se trata de humillarlos sino de sonsacarles, pero hay que ir con cuidado. Los que tenemos delante no son ningunos estúpidos, son la

élite, los inteligentes de este pueblo y pueden tratar de tendernos una trampa.

—¿Qué hacemos, salimos o no? —preguntó Nemrod.

—Saldré yo. Tú cuida del *car*; si sucede algo, préstame un poco de ayuda. Ten conectado el *teleson*, así sabrás en todo momento lo que hablamos.

—¿Grabo la conversación?

—Sí, ¿por qué no? Siempre se pueden estudiar sus palabras y si no dicen nada que pueda interesar, con borrar luego la cinta…

Ikem salió del *cart* sin ninguna clase de arma encima, ni siquiera el casco de protección por si le lanzaban una pedrada o un flechazo a traición.

Todos los seres de aquel planeta aún sin nombre para los dos terrícolas, pues aunque ellos lo habían descubierto, el derecho de nominarlo era de sus propios habitantes y no de quienes pudieran llegar desde lejanos mundos como habían hecho los terrícolas, mostraban una actitud de reverencia y sumisión.

Ikem avanzó hasta situarse a unos cuatro pasos del que podía ser el monarca y le hizo una reverencia a imitación de la que le hiciera, poniéndose así en una situación de igualdad para no tratar de humillarlo.

—La paz sea con todos nosotros —dijo Ikem, levantando su diestra con la palma abierta.

El monarca de estilo faraónico levantó la mano a su vez, aceptándole en el plano de igualdad.

—La paz sea con todos nosotros —respondió.

—¿Entiendes mi idioma? —se sorprendió Ikem.

—Hablamos la lengua de los dioses —dijo el faraón de aquel pueblo casi perdido a orillas de un río que se hallaba a escasa distancia de un gran desierto en el que, al igual que en el planeta Tierra, habían aparecido pirámides y la impresionante esfinge.

—Somos terrícolas, es decir, procedemos del planeta Tierra, el tercer planeta de una estrella llamada Sol.

—¿Venís acaso de las estrellas?

Ikem comprendió que la respuesta podía ser un poco compleja para aquellos seres que carecían de conocimientos suficientes para comprenderla y optó por asentir:

—Sí.

El faraón dobló ahora su rodilla derecha y su reverencia fue más

ostensible, lo que hizo que los restantes miembros de su séquito se tendieran en el suelo con las manos por delante, en señal de total aceptación.

Para el terrícola, aquella situación era engorrosa, mas no veía la forma de que dejaran de venerarle como a un semidiós y bien sabía él que estaba muy lejos de serlo. Entre ellos sólo había una diferencia de evolución, de cultura.

—Levantaos y decidme cómo hemos de trataros.

—Soy Row II y mi pueblo es el pueblo Zamit, que quiere decir «el pueblo del río y del desierto», el pueblo protegido por los dioses de las estrellas.

Para Ikem, aquella revelación fue interesante; si ellos se consideraban los protegidos por los dioses de las estrellas y acababa de decirles que llegaban de las estrellas, era lógico que pensaran que era un dios poco más o menos.

—Muy bien, Row, nosotros buscábamos a la esfinge.

—¿La esfinge?

—Sí, la gran esfinge-cometa que cruza los cielos, que a la luz del día aparece radiante como un sol y por la noche, rutilante como la más grande de las estrella, con su larga cola iridiscente que semeja polvo de estrellas y que parece como un interminable arco iris que cruza el cielo de lado a lado.

—La esfinge nuestra madre.

—SI, ya he visto el gran monumento a la esfinge que protege a las pirámides que habéis levantado en el desierto.

—Nosotros no las construimos, fueron ellos. —Señaló hacia el cielo azul morado por un exceso de gases nitrogenados disueltos en las capas altas.

—Una lluvia apocalíptica de rayos asoló este planeta hace tres siglos —explicó el propio Ikem.

—¿Lo sabías? —se asombró el faraón, entre interrogante y admirado sin quitarle de encima sus ojos redondeados por la abundante pintura.

—Lo que ignoraba era que había quedado un pueblo entero con vida en este lugar.

—Nuestro pueblo fue conducido a las cuevas que hay rio arriba, a tres días de camino.

—¿Todo tu pueblo?

—Los escogidos entre los mejores fueron cegados y con los ojos llenos de oscuridad, entraron en la pirámide que la esfinge protege. Allí,

sin ver, estuvieron viviendo durante un tiempo que ellos no pudieron precisar, pues los días eran igual a las noches, ya que no había luz para orientarse ni calor ni frío, siempre la misma temperatura.

—¿Y cómo se alimentaron?

—Había allí semillas y al perder la noción del tiempo, optaron por alimentarse cuando sus cuerpos lo exigían. De esta forma vivieron los hombres y mujeres escogidos hasta que llegó el día del gran trueno. Un terrible fragor les sobrecogió y cuando el trueno se hubo alejado, ellos, tanteando, hallaron la salida de su encierro y notaron el calor del sol y la arena candente. Cogidos de la mano, dejándose guiar por el instinto como si fueran caballos, llegaron hasta el río y allí se bañaron. Ya no supieron regresar a la pirámide y vivieron cinco años junto a las orillas del río mientras sus ojos, poco a poco, muy despacio, recuperaban la vista y nacían ya los hijos del amor habido en el interior de la pirámide. Uno de ellos fue elegido como rey del nuevo pueblo de las arenas y el río.

—¿Y los que fueron a habitar las cuevas?

—Fueron encontrados por los elegidos, de los cuales descendemos todos los que estamos frente a ti, y les pidieron que se convirtieran en sus súbditos. Ellos aceptaron.

Ikem comprendió ahora las diferencias. Los cretinos se habían sometido a los inteligentes, protegidos en el interior de la pirámide.

—¿No intentasteis volver a entrar en la pirámide?

—Cuando regresamos a ella, la puerta por donde entramos y salimos se hallaba tan bien cerrada que nos fue imposible descubrirla

—¿Y qué hicisteis?

—Acatar los designios de la esfinge.

—¿Tú eres uno de los hijos del amor que hubo dentro de la pirámide?

—No, yo soy un tataranieto de ellos y mi voluntad es que ahora que mi pueblo comienza a ser fuerte, construyamos una nueva pirámide.

—¿Para dejar tu cuerpo para la eternidad?

—Así es, terrícola. La esfinge nos mostró el camino a seguir. Nuestro pueblo, el pueblo de Zamit, es eterno por voluntad de la esfinge que nos protege y si el faraón regresa de la muerte para vivir en la eternidad, nuestro pueblo permanecerá vivo para toda la eternidad también.

Ikem se dijo que todo lo que le contaba el faraón había que meditarlo con calma. Era bueno que Nemrod lo estuviera grabando todo; luego podrían hablar sobre el tema y llegar a más conclusiones.

—¿Para cuándo esperáis nuevamente la llegada de la esfinge?

—No lo sabemos. Nuestros sacerdotes aseguran que el secreto de la próxima arribada de la esfinge se halla dentro de la pirámide que guarda la propia esfinge, un secreto que no debemos violar, pues hemos de esperar su llegada con el espíritu puro.

—Es seguro que vosotros continuaréis siendo protegidos por la esfinge.

—Será para el pueblo de Zamit un inmerecido honor teneros como huéspedes.

—Gracias, Row; sin embargo, nosotros comeremos, viviremos y dormiremos en nuestra mansión que posee el poder de volar entre las estrellas.

—¿Es ésa vuestra mansión? —preguntó señalando el car.

—No, éste es sólo un pequeño carro.

—¿Y dónde está vuestra mansión?

—Bajo la protección de la esfinge —contestó, para evitarse problemas.

—Os suplico que entréis con nosotros en la mansión real.

Ikem pensó que lo que Row llamaba la mansión real podía transformarse en una gran trampa, por lo que respondió, esperando que Nemrod captara perfectamente lo que él decía:

—Yo os acompañaré caminando y mi carro, con mi hermano, nos seguirá.

Nemrod, sentado al volante del atom-hovercraft lo elevó por encima del suelo apenas medio metro y les siguió en dirección a la casa real, el refugio de la clase dominante de aquel extraño pueblo protegido por la esfinge.

CAPÍTULO IV

Aquel lugar que podía considerarse como el palacio real de los Zamit, carecía de lujos y conforts. Las paredes de ladrillos se hallaban desnudas.

Sólo en lo que podía considerarse el salón de recepciones había algo más: plumas, plantas de interior, el trono y asientos de madera; también una especie de altar de granito cincelado toscamente quizá con otros guijarros, ya que debían desconocer la utilización del hierro.

El faraón fue hacia su trono, Ikem le acompañó y el *cart* se detuvo en el centro de la gran sala.

Nemrod encendió el potente faro superior haciéndolo girar trescientos sesenta grados y enviando la luz hacia todas las paredes. Más que iluminar, lo que pretendía era impresionar un poco a sacerdotes y cortesanos.

Luego, la luz enfocó al faraón y Nemrod la cambió en rojo, pareciéndole que así causaría mayor efecto. El *cart* descendió hasta apoyarse en el suelo de losas de granito.

—Podéis pedir lo que deseéis y mi pueblo os lo entregará —dijo Row, deseando agradar a los recién llegados de las estrellas.

—No deseamos más que halléis la paz y la felicidad.

—Hermosas palabras las tuyas, terrícola.

Dio tres palmadas secas y por una puerta lateral aparecieron unos servidores. Entre ellos, cubiertas con largas túnicas, iban tres mujeres que avanzaron hacia ellos y se detuvieron ante su monarca, al que se sometieron hincándose de rodillas.

—Aceptad este presente.

—¿Cuál? —preguntó Ikem.

—Tres doncellas. Descubrid vuestras cabezas.

Ellas obedecieron. Ikem quedó asombrado ante la espléndida belleza de las tres vírgenes que les ofrecían como regalo. Las tres eran igualmente jóvenes y hermosas, pero distintas entre sí.

Tenían largas melenas, pero una era rubia y de ojos celestes; la segunda tenía el color del cobre en sus cabellos y en sus pupilas y la tercera, pelo azabache y ojos intensamente verdes.

Sus rostros estaban lejos de tener una expresión idiotizada como la mayoría del pueblo de Zamit. Eran tres doncellas pertenecientes a la élite de aquel pueblo, descendientes de los que habían sobrevivido al paso de la esfinge protegidos en el interior de la pirámide según lo que contara el propio Row II.

A Nemrod, que se hallaba en todo momento dentro del vehículo atom-hovercraft vigilante para no ser sorprendido por un ataque sorpresivo, se le atragantó la nuez en la garganta al ver aquel regalo que tendrían que rechazar.

Ellos no podían aceptar la esclavitud de aquellas mujeres, lo que no dejaba de ser una lástima a juzgar por la belleza de las tres figuras femeninas; sin embargo, Ikem dio a Nemrod la mayor sorpresa de su vida.

—Acepto vuestro presente, Row, y nos las llevamos, porque ahora debemos regresar a nuestra casa que viaja entre las estrellas.

—Vuestra voluntad es sagrada para el pueblo de Zamit, incluido el faraón.

Ikem, con una naturalidad que dejó atónito a Nemrod, casi empujó a las tres muchachas hacia el vehículo.

Nemrod se apresuró a abrir la puerta y las tres jóvenes fueron introducidas en el asiento posterior. Luego, el propio Ikem se sentó al volante pidiendo a Nemrod:

—Apriétate un poco contra el venerable Anaem, hemos de caber todos.

—Si queréis me bajo aquí —propuso el anciano.

—No, Anaem, no, quién sabe lo que te harían.

Miró a las tres hermosas hembras y les guiñó un ojo. Ellas parpadearon interrogantes, pues no entendían aquella mueca de malicia.

—Daremos un poco de luminosidad al asunto y algo de ruido para que no nos olviden…

Puso a bajo volumen la sirena intermitente al tiempo que hacía girar el faro móvil superior con doble luz verde y roja, produciendo impactos

fotónicos de color mientras hacía virar al vehículo ciento ochenta grados y enfilaba hacia la salida ante la expectación de los que se hallaban en el palacio real.

Las puertas de la edificación les fueron abiertas para que no hallaran ningún impedimento en su marcha.

Cruzaron la gran explanada que separaba al resto de la metrópoli de la residencia real y enfilaron por la avenida más amplia. Ahora, los habitantes de la metrópoli no sólo no les atacaron, sino que se arrodillaron a su paso, inclinando las cabezas hasta tocar el suelo con sus frentes.

—Parece que nos adoran —comentó Nemrod.

—Hacen lo mismo que han visto hacer a su monarca.

—Todo va muy bien, Ikem. Y ahora, ¿qué pasará con estas preciosidades?

—Hablaremos de ello más tarde.

—Anaem, ¿cree usted que podrá con una de ellas? —rezongó Nemrod.

El anciano palideció y las tres muchachas le miraron preocupadas. Tal como se habían puesto las cosas, una de ellas lo iba a pasar mal.

Se alejaron de la metrópoli apartándose del río que le daba vida.

Ikem enfiló hacia las arenas del desierto y no tardaron en divisar el suelo árido y pedregoso al principio, arenoso después hasta que aparecieron las grandes dunas.

No era fácil que los habitantes de la metrópoli se aventuraran por aquel lugar en soledad, hacía demasiado calor; no obstante, no quedaba demasiado lejos un lugar del otro.

No tardaron en avistar la pirámide y luego la esfinge que semejaba cuidarla.

—Ikem, ¿estás pensando algo?

—Sí.

—¿La pirámide?

—Sí.

—Pues, debes estar pensando lo mismo que yo.

—Keops.

—Exacto, la pirámide de Keops y la esfinge, como las que están en el planeta Tierra.

—¿Crees que la misma historia se repite en todos los planetas?

—Sería horrible —suspiró Ikem—, tan horrible como pensar que la

esfinge controla todas las civilizaciones de la galaxia.

—¿Con qué derecho? —se preguntó Nemrod.

—Habría que encontrarla y preguntárselo.

—Creo que no tardaremos en dar con ella, Ikem.

—¿Una corazonada?

—Es posible.

—La verdad es que yo pienso lo mismo. No sólo se repite la historia en los distintos planetas, sino que también se repite en un mismo planeta.

—¿Tratas de decir que cuando se llega a un determinado desarrollo evolutivo, tecnológico y científico, aparece la esfinge, lo asola todo y vuelta a empezar, como si fuéramos más o menos simios inteligentes?

—Podría ser a partir de una determinada evolución. Me explicaré… Cuando el hombre ha dejado atrás a los simios y se ha convertido en el *homo sapiens* evolucionado, a partir de ahí los ciclos de las civilizaciones sí se repiten.

—¿No crees que en la Tierra tendrían que haber quedado más reliquias fósiles de posibles civilizaciones tecnológicas supuestamente desaparecidas?

—Sólo perdura la piedra y en la piedra grabada sí se conservan recuerdos. El astronauta de Palenque, las guijas grabadas y un sinnúmero de hallazgos que nos hablan de astronautas o de ciencia superior.

—Sería fantásticamente horrible —opinó Nemrod.

—Habría que pensar que debido a los avances de la civilización de nuestro planeta Tierra, podría arribar en cualquier momento la esfinge y destruirnos para recomenzar.

—¿Crees que podría sucedemos tal cosa?

—En este planeta ha ocurrido y si la esfinge continúa existiendo en alguna parte… De momento, lo que haremos es contrastar datos. Ahí está la *Space Spirit AM*…

Enfiló hacia la cosmonave y, automáticamente, apareció la rampa por la que subió el *car*, introduciéndose en la nave y cerrándose la puerta tras ellos.

CAPÍTULO V

—Bueno, ¿cómo os llamáis? Hablad de una vez.

Las tres muchachas del pueblo de Zamit se reían, pero no contestaban a Nemrod.

El viejo Anaem, fatigado, se acostó en una litera. Eran demasiadas emociones para lo que él podía resistir y necesitaba de un descanso profundo. Ya no estaba seguro de si soñaba, dentro de la soledad en que viviera durante años y años, o si era una realidad la llegada de los terrícolas a su planeta.

Ikem apareció en la salita llevando en la mano unas hojas escritas por la computadora y dibujadas también por ella.

—Nemrod…

—Sí… Todavía no he averiguado sus nombres, sólo se ríen. ¿Crees que se reirán también cuando…?

—Anda, deja de erotizarte y atiende, ya hablaremos de ellas después.

—Bien, ¿qué pasa? No olvides que has sido tú el que ha aceptado este presente.

—No lo olvido. —Las miró y las tres le sonrieron ampliamente. Habría problemas con ellas, no cabía duda, pero deseaba hacerles algunas preguntas—. ¿Cuáles son vuestros nombres, guapas?

—Yo me llamo Laya —respondió la rubia.

—Obia es mi nombre —dijo la del cabello y ojos cobrizos.

Por su parte, la morena aclaró:

—Drea.

—¡Oye, fíjate, ya han dicho sus nombres! —exclamó Nemrod, sorprendido—, Y tanto rato que he estado yo tratando de que los dijeran…

—Es que tiene poca gracia, Nemrod.

Ellas volvieron a reír.

—Escucha, Nemrod. Según los datos de memoria de la computadora científica y cultural, las medidas de estas pirámides corresponden exactamente con la pirámide de Keops que tenemos en el planeta Tierra.

—Me lo imaginaba. ¿Los datos de medición no tienen error?

—No, Nemrod, no tienen error y concuerdan con los que tenemos de la pirámide de Keops. No es que sean exactas, pero sí son proporcionalmente exactas. Seguro que su altura tendrá mucho que ver con la distancia que existe entre este planeta y su estrella-sol, pero son detalles al margen.

—Y con estos datos, ¿qué deduces?

—Que el cometa de la esfinge pasó por el planeta Tierra.

—¿Crees que lo asoló?

—Sí. Creo que barrió una civilización avanzada y dejó supervivir otra civilización primaria como la del pueblo de Zamit. —Se encaró con la chica rubia y le preguntó—: ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —contestó ella.

—¿Y tú? —preguntó a Obia.

—También diecisiete.

Drea era de la misma edad y no tardó en decirlo.

—Un momento… —Ikem quedó pensativo.

—¿Qué sucede?

En vez de responder a Nemrod, Ikem se enfrentó con las chicas e inquirió:

—¿Cuántos años tiene Row?

Laya, la hermosa rubia del pueblo de Zamit, respondió:

—Cuarenta y siete años.

—¿Cuarenta y siete años? —Movió la cabeza dubitativo—. ¿Y quién es el más anciano del lugar?

Las muchachas se miraron entre sí. Fue Laya quien respondió de nuevo:

—Mi bisabuelo.

—¿Y cuántos años tiene?

Laya contestó a la pregunta de Ikem un tanto vacilante. El timbre de voz de aquellas jóvenes era dulce, agradable, entraba en los cuerpos masculinos como una suave bebida que embriagaba por poca que

llegara a ingerir.

—Ochenta y algunos pocos años.

—¿Te das cuenta, Nemrod?

—¿De qué?

—No seas idiota, hombre. De la diferencia de edad entre los habitantes de la metrópoli y el venerable Anaem

—Es cierto. ¿No será que él no cogió gripes ni nada que se le pareciera? Recuerda que las terribles masacres de los pueblos primitivos se debían más a las epidemias que a las guerras.

—No, más bien creo que los pueblos, al evolucionar científica y tecnológicamente, alcanzan más edad de promedio y la esfinge, al reducirlos al primitivismo, privándole de toda la ciencia y la técnica que ya habían alcanzado, les acorta el promedio de edad.

—Sí, corresponde como dices y es horrible.

—¿Qué haremos ahora?

—Tenemos ya muchos datos para ir montando este rompecabezas.

—Despacio, Ikem, despacio. Llegamos a este planeta porque creíamos haberlo descubierto.

—Y así fue por nuestra parte.

—Pero ya vivían seres aquí. Buscamos riquezas que explotar y ahora tú quieres meterte en problemas gordos. Pretendes buscar el secreto de la esfinge, la esfinge en la galaxia, y eso complica más la situación.

—Ahora que tenemos datos, ya no podemos dejarla de lado. ¿Y si la esfinge se acerca a los planetas cíclicamente, es decir, cuando la civilización vigilada por sus ojos tiene un determinado grado de avance científico y tecnológico y la destruye para que comience de nuevo?

—Según tus datos ya pasó por el planeta Tierra. ¿Quieres decir que volverá a asolar el planeta Tierra?

—¿Por qué no? Anaem dice…

Las tres jóvenes les observaban e intercambiaban impresiones entre sí, en voces muy bajas, mientras los dos amigos y socios en sus aventuras espaciales seguían la solución al problema del cometa de la esfinge, aunque lo cierto es que Nemrod prefería olvidarlo.

—Anaem dice que la esfinge apareció cuando ellos dispusieron del *gonium*, pero ¿qué es el *gonium*?

—El viejo Anaem no sabe aclararlo.

—Si consiguiera recordar la fórmula…

—¿Crees que puede parecerse a algo que hayamos inventado

nosotros?

—¿Por qué no?

—Entonces, la llegada a la Tierra de la destructora esfinge-cometa sería inminente.

—Yo creo que lo es. Fíjate que desde hace poco tiempo hemos conseguido llevar a cabo los viajes interestelares dentro de nuestra galaxia. Una evolución semejante era la que vivía el viejo Anaem antes de que fuera destruida la civilización a la que pertenecía.

—Sí, es posible que sea como dices, pero precisamos de algo más concreto. No podemos regresar a la Tierra y provocar el caos hablando de que va a llegar el cometa de la esfinge que arrasará nuestra madre Tierra. Tampoco nos creerían; ha habido demasiado paranoicos a lo largo de nuestra historia que han predicho el fin de nuestra civilización.

—Creo que hay un dato que podríamos conseguir y que nos hablaría con mayor precisión de lo que puede ocurrir.

—¿Cuál es ese dato?

—Si existe, estará dentro de la pirámide.

—¿Cuál pirámide?

—De esa que tenemos ahí al lado. La pirámide de Keops que existe en la Tierra posee unas pinturas y grabados que explican toda la evolución de la historia de nuestra civilización hasta su fin.

—¿Esos datos los tiene la computadora?

—Desgraciadamente, no los tenemos en nuestra computadora cultural, necesitaríamos regresar a la Tierra.

—Un poco largo el viaje.

—Sí, demasiado largo, por ello pienso que sería mejor intentar entrar en esa pirámide y es posible que hallemos otros grabados semejantes, puesto que las pirámides parecen hermanas.

—¿Y cómo vas a entrar ahí?

—Buscando la puerta.

—¿Acaso olvidas que las entradas de las pirámides son muy secretas y resulta dificilísimo hallarlas?

—Nemrod, no soy ningún egiptólogo, pero conozco unos datos mínimos que nos pueden servir para localizar la entrada oculta.

—¿Qué datos? —preguntó, escéptico.

—Si la pirámide de Keops fue abierta y es hermana de ésta, ha de tener una puerta similar o equivalente.

—Lo dudo.

—Verás como la encontraremos.

—Bueno, siempre queda la probabilidad de hallar algún tesoro oculto.

—No hay tesoros ocultos, Nemrod, la pirámide está vacía. Los faraones construyeron nuevas pirámides a semejanza de ésta porque creían que inhumándose en ellas volvería a reencarnarse, pero ellos estaban equivocados. Porque los enviados de la esfinge-cometa los encerraron en la pirámide, salvándolos, creyeron que esta especie de milagro se repetiría, pero la pirámide levantada por la esfinge salvaba a todo un pueblo o, por lo menos, a la clase élite de un pueblo y no sólo al faraón.

—Todo esto me parece demasiado complicado.

—Quizá, Nemrod, quizá, por eso me da tanto que pensar, pero ahora nos pondremos mano a la obra. Hay que descubrir la puerta oculta de esta pirámide.

Laya, Obia y Drea, acostumbradas a las primitivas casas de ladrillo, dentro de la cosmonave interestelar se sentían como en un sueño fantástico; sin embargo, tenían que cumplir una misión.

—Bueno, Ikem, te ha cogido la fiebre de descubrir el secreto de la esfinge-cometa que destruye a las civilizaciones salvando a unos pocos individuos.

—Sólo para que sobrevivan y comiencen de nuevo, no les hace ningún favor —replicó Ikem, molesto.

—Te lo estás tomando como algo personal.

—Nemrod, ¿es que no comprendes que estamos a tiempo de evitar la gran destrucción de nuestra civilización terrícola?

—Yo soy marciano.

—En Marte tampoco dejarían nada, seguro, y no olvides que en Marte también fue descubierta una esfinge y la pirámide.

—Sin embargo, en Marte no sobrevivió nadie.

—Quizá la pirámide y esfinge de Marte no sean de cinco o seis milenios atrás, sino de millones de años y ha habido tiempo suficiente para que el planeta se volviera hostil para la vida humana y ésta desapareciera totalmente.

—Hablas de millones de años, Ikem. ¿Crees que entonces existía ya la esfinge-cometa?

—Parece absurdo, ¿verdad? —aceptó, parpadeando.

—Sí, totalmente absurdo.

—Sin embargo, cabe la posibilidad de que sobrevivan porque hayan

conseguido el dominio total de la dimensión del tiempo.

—Entonces sí sería un dios de las estrellas.

—Hay dos clases de dioses, Nemrod; el Dios al que consideramos omnipotente y presente en todas las partes y los dioses a los que llamamos así simplemente porque han conseguido dominios superiores en la ciencia, en la tecnología, en el empleo de sus cerebros.

—Hacen milagros.

—No son milagros en realidad. Cuando un ser es superior al otro, éste trata casi como a un niño alucinado al que sabe menos y acaba dominándolo mediante la admiración o el temor.

—De modo que tú no crees que la esfinge sea un dios.

—Claro que no.

—Pero sí son superiores a nosotros. Si han logrado dominar la dimensión del tiempo, podrán reírse de nosotros antes de destruirnos.

—Es posible, pero nosotros también hemos conseguido logros, muchos avances. De lo contrario, no habríamos roto las barreras del cosmos una tras otra. Salimos de la influencia de nuestro Sol y saltamos hacia la influencia de otras estrellas, eso no es ninguna chiquillada. Somos fuertes y hemos de adquirir conciencia de ello.

—Estoy de acuerdo contigo, pero espero que no nos encontremos con ese cometa que tiene una cola de millones de kilómetros. —Miró a las muchachas y silabeó—: Prefiero encontrarme a solas con ellas.

—¿Con cuál de ellas? —preguntó Ikem, siguiéndole el juego.

—No sé, las tres son tan hermosas… ¿Crees que tenemos derecho a amarlas?

—Opino que no.

—Nos las han regalado…

—Sí, pero no son esclavas, nosotros rechazamos todo tipo de esclavitud.

—Bueno, bueno, pero aquí estamos muy lejos de la Tierra y también de Marte.

—Nosotros seguimos siendo terrícolas aunque tú seas medio marciano.

—Soy marciano.

—Descendiente de terrícolas —le puntualizó Ikem—. Y ahora veamos qué es lo que ellas prefieren. Después de todo, nosotros las consideramos libres y tienen su derecho a elegir.

—Bueno, pues que alguna de vosotras escoja al varón terrícola con

el desea aparejarse.

—Nemrod, es un poco fuerte tu forma de hablar, ¿no crees?

Laya, sin vacilar, se adelantó hacia Ikem, sorprendiendo incluso a sus propias compañeras.

—Bueno, Ikem, tú ya tienes la tuya. Ahora, ¿cuál de vosotras dos quiere aparejarse conmigo?

Las dos muchachas se miraron entre sí y comprendiendo que sólo quedaba el viejo Anaem, ambas se cogieron entre sí, impidiéndose todo movimiento.

—Bueno, ¿cuál se decide?

Ikem puntualizó:

—Ten en cuenta que la que no vaya contigo se queda sin nada.

—Puedo hacer el esfuerzo de convertirme en polígamo.

—No seas cerdo, Nemrod. Déjalas un poco tranquilas hasta que pase un poco de tiempo, salvo que tú quieras escoger a una de las dos.

Nemrod se enfrentó con las dos muchachas. Iba a tender su mano hacia una, pero las chicas se movían y él dudaba.

—Tendré que lanzar una moneda al aire.

—Este es un juego idiota, las devolveremos con los suyos.

—¿Qué dices?

—¡No, no, os lo suplicamos! Si nos devolvéis con los nuestros, habremos sido rechazadas y mereceremos el camino del desierto que es la muerte segura.

Nemrod no estaba en absoluto dispuesto a quedarse sin su pareja. Los viajes interestelares resultaban demasiado largos para dejar pasar aquella oportunidad, tan hermosa como exótica.

CAPÍTULO VI

Ikem estuvo trabajando duro para llevar a cabo los cálculos que precisaba para hallar la puerta secreta de la pirámide. Al fin, por acción comparativa con la pirámide de Keops, descubierta y abierta en el planeta Tierra, dijo:

—Creo que ya he encontrado la intersección de la cara norte.

—¿Estás seguro de que lo conseguirás?

—Lo he calculado por comparación y si resulta, ya no quedará duda alguna de quien construyó la pirámide de Keops, ha levantado ésta.

—¿Y qué harás ahora?

—Voy a cargar el *cart* con el cañón fundidor.

—¿Crees que podrás apuntar bien? Si te equivocas, acabarás por agujerear toda la pirámide.

—Apuntaré bien. Ah, Nemrod, no pierdas de vista a las chicas.

—¿Temes algo de ellas?

—Nunca se sabe. Yo saldré con el *cart* y tú no las pierdas de vista.

—No temas. Aquí dentro, ellas se sienten en un mundo tan fantástico que no se atreven a tocar nada.

—Eso espero.

Ikem montó en el *car*.

Abandonó la cosmonave *Space Spirit AM* y se apartó de la pirámide buscando la cara adecuada. Luego se detuvo y por el morro de su vehículo asomó el cañón de una potente arma que apuntó a los bloques graníticos.

—¿Todo bien, Ikem? —le preguntó Nemrod por el teletransmisor.

—Sí.

—¿Vas a disparar ahora?

—Voy a centrar el cañón y luego dispararé. ¿Están las chicas ahí?

—Sí, a mi lado, y también el viejo Anaem.

—De acuerdo.

Utilizando el goniómetro *electrónicon* centró en la pantalla del salpicadero el lugar exacto de la pirámide que deseaba perforar. Previamente había en la computadora del vehículo las coordenadas y cuando lo tuvo centrado, pulsó el botón rojo.

Un dardo ígneo, cegador, brotó del pequeño cañón que transportaba el vehículo atom-hovercraft.

El dardo dio en uno de los bloques graníticos que absorbió aquella luz hasta que por debajo del punto batido comenzó a resbalar, cayendo la roca fundida.

Obia, Laya y Drea no tardaron en ver el agujero hecho en la pared de la pirámide, a unos pocos metros del nivel del suelo, por encima de éste.

Para ellas, era asombroso que aquellos terrícolas llegados de las estrellas pudieran disparar aquel rayo que perforaba la roca, cuando su pueblo apenas conocía el cobre como metal, el oro y la plata, ningún metal suficientemente duro como para partir la piedra.

Ikem detuvo el haz fundidor de roca y avanzó hacia la pirámide subiendo por ella sin tocarla con su vehículo, utilizando el colchón del «*electromagnetic super-N*».

Cuando llegó frente al agujero, se detuvo y encendió el faro introduciendo su luz. Semejaba un gigantesco insecto hurgando en un oscuro y siniestro orificio.

—¿Has acertado?

—Sí, Nemrod. He encontrado la entrada secreta, pero ahora no voy a entrar, está demasiado caliente.

—Bien, ya has encontrado la entrada. No olvides que dentro no hay nada. Sólo fue refugio de los escogidos para que no quedaran afectados por la lluvia destructora, ignoramos de qué tipo.

—Tengo que ver las pinturas; hay que encontrar la explicación del momento en que la esfinge-cometa decide aparecer y desaparecer, destruyendo una civilización para recomenzar de nuevo.

—¿Es que no te has dado cuenta, Ikem?

—¿De qué?

—Pues que ellos no quieren que nadie llegue a igualarles. Por eso, cuando se acercan al nivel de su evolución que parece estacionario a juzgar por los milenios o millones de años que se mantiene la esfinge, ellos destruyen a los osados.

—Sí, eso ya lo he pensado. El viejo Anaem pertenecía ya a una raza evolucionada que consiguió alcanzar larga longevidad. Luego, la esfinge volvió a reducir ese promedio de vida.

Habían estado hablando por el teletransmisor. Ikem se lamentó de que su pequeño *cart* no cupiera por la angosta entrada de la pirámide, debería entrar a pie.

Ikem regresó en la cosmonave *Space Spirit AM*. Había abierto ya el agujero y luego volvería para investigar en el interior de aquella pirámide que los propios terrícolas, a lo largo de milenios, habían creído que eran monumentos funerarios, ignorando que en realidad las pirámides funerarias eran copia de la original, que no era más que un refugio para preservar parte de una civilización.

El asombro y la admiración brillaban en los ojos de las tres muchachas.

—¿Y el viejo Anaem?

—Está muy ocupado haciendo garabatos —le respondió Nemrod—. Me ha pedido un rotulador y hojas plásticas para escribir.

—¿Crees que es inteligible lo que hace?

—Los caracteres que utiliza son desconocidos para nosotros; no obstante, es posible que al final entendamos algo.

Nemrod propuso comer y sentados ante la mesa extensible, se alimentaron.

Las muchachas, con ojos entre asombrados e ingenuos, observaban los alimentos de los terrícolas que en nada se parecían a los que ellas habían tomado hasta aquel momento.

Se cruzaron bromas, todo parecía bien. El ambiente era animado, nada presagiaba lo que habría de ocurrir inevitablemente, ya que las tres doncellas del pueblo de Zamit tenían que llevar a cabo el plan que se les había encomendado.

—Laya.

—¿Sí?

—¿Quieres acompañarme al interior de la pirámide?

—¿Al interior de la pirámide? Me da miedo, ahí dentro están los espíritus encerrados.

Ikem sonrió, era comprensible que ella estuviera imbuida de un tipo de creencias con las que habían alimentado su cerebro desde su nacimiento; por ello suavizó, como tratando con un niño;

—¿No has visto el agujero que he hecho a la pirámide, encontrando la puerta secreta?

—Sí.
—Pues por ahí han huido despavoridos los espíritus.
—¿Estás seguro?
—Totalmente.
—Habrán lanzado mil maldiciones.
—Es posible, pero yo soy inmune a ellas.
—¿Y yo?
Ikem, que no atacaba la ingenuidad de la doncella, respondió evitando herirla:
—Si estás conmigo, también eres inmune.
—Cuando se entere Row, no podrá perdonarlo jamás. Del interior de esa pirámide salieron nuestros ancestros, regresando del reino de la muerte.
—No regresaron del reino de la muerte, sino de la vida. Estaban vivos cuando les metieron dentro. Quedaron temporalmente ciegos, salieron con vida y hallaron dentro de las cuevas al resto de los que ahora forman tu pueblo, la clase de los vasallos o esclavos.
—Los que salieron de esa pirámide murieron hace ya siglos.
Ikem hubiera querido explicarle que de no haber intervenido la esfinge, ella y sus contemporáneos habrían tenido un promedio de vida de quinientos años, longevidad conseguida gracias a las conquistas de la ciencia y la tecnología, pero ahora, en la regresión al primitivismo que les había sido impuesto, no vivirían más allá de sesenta o setenta años.
Ikem convenció a Laya para que le acompañara. Quizá ella, por los conocimientos de la civilización en la que había nacido y crecido, pudiera ayudarle a interpretar algunos de los grabados que encontraran en el interior de la pirámide, si es que los hallaban.
El terrícola se cubrió la cabeza con el casco protector y provisto de luz focal para iluminarse en la oscuridad, se sujetó a la espalda el auto-monocohete para poderse desplazar con libertad por donde hiciera falta, volando como un insecto sin vehículo que lo transportara gracias a la energía que desarrollaba el auto-monocohete que se había acoplado a la espalda.
La cosmonave *Space Spirit AM* tenía la puerta abierta y la rampa que llegaba hasta el suelo, extendida sobre aquellas arenas casi candentes cuando incidían en ellas los rayos de la estrella-sol que daba vida al planeta.
—No podré subir hasta esa puerta —observó Laya mirando el agujero abierto en la pared de la pirámide que tenían a la vista.

Efectivamente, estaba demasiado alta del suelo y para cualquiera habría sido un problema llegar hasta ella sin colocar clavos de escalada entre las junturas de los bloques de roca.

—No temas, deja que yo te lleve, no te asustes.

La puso delante de él. Pasó la zurda por su cintura y la estrechó contra sí, notando toda su suavidad sensual, sus curvas.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, interrogante. También Laya debía sentir el contacto del terrícola, un contacto que sin duda despertaba sus instintos sensuales, instintos que hacían vibrar su cuerpo de doncella.

Con la diestra puso en marcha el auto-monocohete y la pareja se elevó en el aire empujada por el chorro lumínico de energía silenciosa que despedía la pequeña tobera del auto-monocohete, el artilugio más pequeño jamás inventado por los terrícolas que permitía el vuelo de éstos.

Ikem maniobró en el aire, llevando siempre abrazado contra su cuerpo el de Laya hasta que se introdujo por el agujero practicado con el cañón del rayo fotofundente.

—Ya está.

Laya parecía emocionada. Miró hacia el interior de la galería de la pirámide y exclamó:

—Qué oscuro está.

—Sí, no olvides que tus ancestros que salieron de aquí para fundar el pueblo de Zamit estaban ciegos, lo que no entiendo es cómo sin ver llegaron al suelo habiendo el desnivel que hay. —Permaneció unos instantes pensativo y razonó—: Quizá colocaron una pendiente de arena y cuando se hubieron alejado de aquí, esparcieron la arena cerrando la puerta para siempre. Sí, sería eso.

—¿Qué dices? —preguntó Laya.

—Nada, es que trato de buscarle una explicación a todo y no siempre es fácil hallarla.

Mientras hablaba, encendió la luz de su casco y la galería que daba a aquella entrada secreta de la pirámide se iluminó. Pudieron darse cuenta de que el corredor era angosto.

—¿De veras no habrá espíritus dentro?

—No temas.

Se adentraron por la galería y encontraron una rampa muy pronunciada que ascendía y que les condujo a una especie de sala donde se detuvieron, iluminándola con la linterna que Ikem llevaba en su casco.

—¡Aquí están los grabados que buscaba!

Laya parpadeó.

—¿Qué significan esos grabados?

—Deben ser la historia de una civilización. La esfinge suele dejarla grabada dentro de las pirámides que construye para proteger a los seres que selecciona y destina como comienzo de una nueva civilización.

—¿Quieres decir que toda la historia de un pueblo está contada aquí, en esos grabados?

—Sí, eso creo, hasta que ocurre la gran catástrofe, el apocalipsis que al parecer provoca la propia esfinge.

—No entiendo nada —confesó Laya.

—Ya te lo iré explicando. Ahora, observemos con atención. Lo que trato de averiguar es cuál es el punto de la historia en que aparece la esfinge para destruirlo todo.

Mientras ellos observaban aquellos grabados que tanto se parecían a los grabados egipcios, ocurrían cosas muy diferentes dentro de la cosmonave.

Nemrod no estaba en absoluto tranquilo respecto a las chicas, eran demasiado atractivas para dejar escapar aquella oportunidad.

Ikem era su amigo y socio, pero entre ellos no había jerarquías para dominarse el uno al otro. Por ello, aprovechó que Ikem estaba fuera de la cosmonave, evitando así algún roce con su amigo, y buscó a las chicas por el interior de la amplia cosmonave.

Observó que la puerta de uno de los camarotes estaba mal cerrada.

Por el resquicio, escapaba luz. Empujó y descubrió a una de las doncellas del pueblo de Zamit.

—Hola. ¿Estorbo? —preguntó Nemrod, forzando una sonrisa llena de picardía.

Obia estaba con su túnica a medio quitar. Le miró a los ojos con sus pupilas de color de cobre, chispeantes.

—Hola.

—¿Ibas a descansar? —preguntó Nemrod, mirando la litera.

—Sí.

—Yo puedo ayudarte a meterte en la cama y hasta te cantaré una nana.

—¿Una qué?

Nemrod cerró, aislándose. El camarote no era grande.

—¿Tú tienes mujeres?

—¿Mujeres?

—Sí, hembras de tu pueblo.

—Pues no. En el lugar de donde procedo, Marte, aunque mi amigo se empeñe en decir que soy terrícola como él, los hombres sólo tenemos una mujer.

—¿Una sólo? —Obia demostró gran asombro.

—Sí, y no es poco para tener problemas.

—¿Tú tienes una? —preguntó ella con una ingenuidad que hizo carraspear a Nemrod que aspiraba el perfume natural que emanaba de aquel cuerpo femenino.

—Yo no tengo ninguna. He tenido muchas amiguitas, pero pareja, lo que se dice pareja, no tengo.

—¿Y no te sientes solo?

—En muchas ocasiones, sí.

—¿Y ahora?

—No, porque estoy contigo.

Le cogió la cara entre las dos manos, la acercó a la suya y la besó en los labios. Ella cerró los ojos y Nemrod notó que la doncella temblaba.

—¿No te han besado nunca? —preguntó con voz ronca.

—No.

Con cuidado, Nemrod le apartó las manos del pecho y ayudó a que la túnica se deslizara a lo largo del cuerpo de la joven. Luego, la apartó suavemente de sí y la contempló.

—Eres bellísima.

Un rubor rosado tenía las mejillas de Obia. Su faz resultaba exótica a los ojos de Nemrod, pero no tanto como para no desearla de forma irresistible en aquellos momentos.

—¿Me aceptas como pareja? —preguntó ella, trémula.

—Sí, sí, creo que sí.

Desnuda como la tenía, volvió a estrecharla contra sí y la besó de nuevo en los labios. Notó sus turgencias femeninas, sus pechos redondos, sus caderas, todo era excitante.

—Espera —pidió ella.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz aún más ronca.

—Vuélvete de espaldas.

—¿Se trata de una sorpresa?

—Sí —sonrió ella, maliciosa.

A Nemrod, aquello le pareció un juego erótico. Ya no quería dar

marcha atrás, Obia le había excitado de tal modo que el deseo era ya irreprimible, pero aceptaba el juego. Quizá ella podía aportarle algo nuevo.

Ya de espaldas, Nemrod preguntó:

—¿Cuánto he de contar?

—Hasta diez.

—Uno, dos, tres…

Al escuchar tras de sí un ruido extraño que parecía un zumbido, unido a una súbita corriente de aire, se volvió y al mirar se le heló la sangre en las venas.

Frente a él, dentro del pequeño camarote, había un monstruoso insecto que le escrutaba con sus ojos de cien iris. Era una especie de avispa o abeja gigante, aunque sus colores no coincidían con los que tenían tales insectos en el planeta Tierra.

Era rayada, pero en púrpura y en azul.

Las patas de aquel monstruoso insecto terminaban en una especie de puntas que le parecieron aterradoras, pero lo que más le horrorizó fue el terrible aguijón que asomaba al final de su abdomen, un aguijón de color negro brillante que se movió con las contracciones del propio abdomen.

—No, no es posible… ¿De qué broma se trata? —balbució retrocediendo, doliéndole la garganta al hablar.

El horrible insecto agitó sus alas izándose en el aire. Movió sus terribles seis patas por delante, amenazadores, pero el aguijón era el arma que se acercaba más y más al marciano Nemrod.

—¡Fuera, fuera de aquí, bestia!

Trató de saltar hacia el lado opuesto del camarote, pero el monstruoso insecto, que zumbaba dolorosamente para los oídos de Nemrod, le cortó el paso.

—¡Te destruiré!

Trató de hacerlo frente, más las púas de las patas le causaron varias heridas en manos y brazos, haciéndole sangrar.

Nemrod retrocedió, quedando cercado contra un ángulo de la estancia y lamentó no tener un arma consigo. En el suelo estaba la túnica. Obia había desaparecido y en su lugar estaba aquella bestia horrible que pretendía atacarle, no había que pensar otra cosa. El aguijón se acercaba a él más y más.

—¡Aaaaaag!

El horrible grito lanzado por la garganta de Nemrod traspasó las

paredes de acero-plástico que dividía el interior de la cosmonave en distintas estancias.

Alguien oyó aquel grito; ese alguien era el viejo Anaem que acababa de despertar. Tambaleante, salió al corredor buscando el lugar de procedencia del desgarrador alarido.

—¡Nemrod, Ikem! ¿Dónde estáis?

El venerable Anaem escuchó un fuerte zumbido tras de sí, algo que avanzaba por el corredor.

Se volvió y descubrió al gigantesco y monstruoso insecto que batiendo velocísimamente sus alas avanzaba hacia él mostrando su maligno aguijón.

El viejo cayó al suelo, incapaz de correr más. Sus piernas débiles, de músculos delgados y temblorosos, no le sostenían. ¿Cómo podía escapar él del ataque del horrible insecto que semejaba una enorme avispa?

—No, no, no… —suplicó.

El insecto no parecía tener prisa en volar hacia él.

El zumbido semejaba ir a romper su cráneo, su cerebro era incapaz de aguantarlo. Las patas de extremos puntiagudos se colocaron sobre él mientras el aguijón se acercaba malignamente buscando el punto más adecuado del cuerpo de Anaem para hendirse en él e inyectarle la ponzoña que llevaba dentro.

—¡Noo, nooo, noooo!

* * *

Grabado por grabado, Ikem siguió los acontecimientos que allí quedaban plasmados y le pareció horrible que la historia estuviera programada de antemano, lo que indicaba que no había libertad alguna en el desarrollo de una civilización.

Al final, llegaba inevitablemente un apocalipsis, pero ¿quién lo provocaba?

—…Y aquí viene cuando se descubre lo que el venerable Anaem llama el *gonium*, que ignoro qué tipo de materia energética será.

Al hablar así, se dio cuenta de que hablaba para sí, pues Laya no estaba a su lado.

Se volvió para mirarla y la luz de su casco enfocó hacia la entrada. Allí descubrió lo más horrible que sus ojos vieron jamás.

Un monstruoso insecto, cuyos ojos estaban repletos de iris, clavaba su mirada en él. ¿Cómo debía verle en su extraña retina, tan distinta a

la de un mamífero?

Un insecto siempre había sido algo horrible y enemigo de los seres humanos.

—¡Laya!

El espeluznante insecto comenzó a hacer zumbar sus alas, avanzando amenazador hacia Ikem.

—¡Maldito seas!

Desenfundó su pistola ultrasónica y apuntó entre aquellos horribles ojos. De pronto, le saltó una terrible duda.

—¡Insecto monstruoso! ¿Eres tú, Laya?

La bestia continuó avanzando, lentamente.

Ikem comprendió que si le disparaba a la cabeza se la fragmentaría en mil pedazos y si era Laya, moriría irremisiblemente; sin embargo, tampoco tenía por qué evitar la muerte de Laya si era aquella avispa monstruosa.

Si las dos formas eran un solo ser, debía destruirla; no obstante, su mano vaciló y apuntó al suelo delante de la bestia. Disparó.

Grrrrrrrroooooo…

La pistola produjo un terrible ruido mientras el granito de las losas, frente al intruso insecto, saltaba hecho pedazos.

La enorme avispa, con su amenazador aguijón, avanzó ahora más aprisa hacia Ikem tratando de cogerle con sus patas.

El hombre no tenía otra solución que destruir a su enemigo, aunque fuera la delicada y hermosísima Laya, ahora transformada en un monstruo horripilante y letal.

Estaba a punto de alcanzarle, aunque Ikem mantenía su pistola supraultrasonic en la mano, cuando al hombre se le ocurrió la idea de activar el auto-monocohete.

Se elevó bruscamente dentro de la sala que se hallaba casi en el corazón de la pirámide y escapó así a las patas punzantes de la horrible bestia.

Ikem voló gracias al auto-monocohete y quedó convertido en otra especie de insecto que huía de la avispa monstruosa que volaba tras él tratando de alcanzarle, de sujetarle con sus patas puntiagudas para clavarle el aguijón e inyectarle la ponzoña que guardaba en su repugnante bolsa.

Comprendiendo que, o mataba a aquella bestia o huía, si es que lo conseguía, optó por esta última solución.

Esquivó a la bestia volante que llenaba de ruido ensordecedor aquella sala de paredes, techo y suelo graníticos y se lanzó hacia la salida en posición horizontal, impulsado por el auto-monocohete.

Recorrió volando las galerías descendentes que le condujeron a la salida. No se detuvo allí, sino que se lanzó hacia el exterior en dirección a la cosmonave.

Cuando descendió sobre la plataforma que daba acceso a la entrada de la Space Spirit AM, volvió su rostro hacia la puerta de la pirámide y allí vio al horrible insecto revoloteando en el aire como una avispa en la entrada de su nidal.

CAPÍTULO VII

Entró en la cosmonave y cerró la puerta. No guardó su pistola; si Laya había sufrido aquella horrible metamorfosis, cabía pensar que ocurriera otro tanto con Obia y con Drea.

—¡Nemrod, Nemrod! ¿Me oyes? —llamó por el intercomunicador.

Repitió la llamada en varias ocasiones. No obtuvo respuesta y su rostro se ensombreció temiendo lo peor.

Avanzó despacio por los corredores del interior de la cosmonave, muy atento pues en cualquier instante podía ser atacado por una de aquellas horribles bestias en que se habían transformado las tres muchachas de apariencia tan adorable.

Descubrió al viejo Anaem tendido en el suelo, boca arriba y con los ojos abiertos. Corrió hacia él.

—¡Anaem, Anaem!

Las pupilas ya estaban vidriosas.

—¡Malditas! —rugió.

Había muerto y su cuerpo no tardaría en adquirir la rigidez total de la muerte.

Nada podía hacer ya por el anciano. Se incorporó de nuevo. Ya no le cabía duda de que las bestias habían atacado; debían haberlo hecho las tres a un tiempo, aunque estuvieran separadas entre sí obedeciendo a un plan programado.

—¡Nemrod!

La llamada estaba cargada de angustia; aún no se había quitado siquiera el auto-monocohete ni el yelmo con la luz.

Descubrió una puerta entreabierta y recordó que aquel camarote era el que le habían destinado a Obia. Sin dudarlo, empujó la puerta, poniendo su arma por delante.

—¡Nemrod!

Su amigo y compañero de aventuras espaciales yacía inmóvil en la litera, con los ojos cerrados.

Temiendo el fatal desenlace, tacó la mano de Nemrod pero observó que el pulso latía. Aplicó su oído al corazón.

—¡Nemrod, Nemrod, estás vivo, vivo!

Lo zarandeó angustiado, tratando de sacarlo del aparente sueño, mas Nemrod no reaccionaba. Lo dejó boca arriba, se quitó el auto-monocohete y el yelmo y acercó sus labios al oído de su compañero. Silabeando despacio le preguntó:

—¡Nemrod, Nemrod! ¿Me oyes?

Aguardó la respuesta con ansiedad. ¿Habría perdido el cerebro de Nemrod la capacidad de pensar, de recibir preguntas y elaborar respuestas?

—Sí…

El «sí» fue muy débil, ni siquiera se habían separado los labios de Nemrod, pero a Ikem le bastó para comprender que su amigo no estaba perdido, podía decir algo.

—Nemrod, ¿fue Obia?

Se produjo una pausa, pero al fin…

—Sí.

—¿Era un insecto gigante? —inquirió, observando las dificultades de expresión que mostraba su amigo y socio.

—Sí.

—¿Adónde se han ido?

—No lo sé…

—No te preocupes, Nemrod, te recuperarás.

Salió del camarote. Nemrod seguía vivo y eso era lo importante. Ya en el comedor, cogió el cadáver del viejo Anaem y lo introdujo en otro camarote, depositándolo cuidadosamente sobre la litera como si pudiera dañarlo.

Se dirigió a la cabina de pilotaje y puso en marcha las telecámaras. Oteó el exterior en torno a la cosmonave, mirando la pantalla de T.T.V.

De pronto vio algo que le erizó los cabellos. Era como una nube negra, un tornado siniestro que avanzaba hacia él desde el horizonte. Aquello no podía ser cierto…

—¡Imposible!

Era un enjambre de avispas gigantes que volaban hacia la

cosmonave. Pulsó el teclado, comprobando en el panel de mandos que todas las puertas y escotillas estuvieran herméticamente cerradas. Las avispas gigantes no podrían entrar.

—No obstante, será mejor largarse de aquí.

La cosmonave engulló la rampa que daba acceso a la puerta, mas al conectar el motor, las luces no se encendieron. Ikem movió la palanca de control de ignición manual para asegurarse y los motores siguieron sin funcionar. Insistió varias veces y obtuvo siempre idéntico resultado, la cosmonave no respondía a sus imperiosas exigencias.

—¡Maldita sea! ¿Qué habrán hecho?

Sin duda alguna, le habían estropeado algún circuito o quitado una pieza fundamental. Tendría que solventar el problema, pero aquello podía llevarle tiempo.

El enjambre se acercó a la nave y voló en círculo sobre ella.

Después, las monstruosas avispas descendieron sobre la Space Spirit AM posándose por todas partes, cubriéndola materialmente con sus cuerpos de alas zumbantes.

—¡Bestias repugnantes!

Las vio al otro lado del gran cristal panorámico que poseía la cabina de pilotaje.

Las patas punzantes de las avispas resbalaban en el cristal, buscando bordes para agarrarse.

Pensó que podía hacer algo para destruirlas y se dijo que no serviría de nada. Lo importante es que pudiera poner en marcha la cosmonave y largarse de aquel lugar.

—¡La esfinge, la esfinge, la esfinge!

Escuchó aquellas palabras con toda claridad y hubiera jurado que salían de Laya, pero ¿dónde estaba Laya? Miró hacia la gran ventana encristalada, ahora sólo había una de aquellas monstruosas avispas al otro lado. Ambos se miraron e Ikem, en voz alta, preguntó:

—¿Eres Laya?

—¡La esfinge, la esfinge, la esfinge!

Ya no estaba seguro de si aquello era una pesadilla o una realidad, si oía realmente la voz o era una comunicación telepática captada por su cerebro.

—¡Laya, Laya!

El monstruoso insecto se alejó volando.

Ikem quedó pensativo; no tenía ya duda alguna de que acababa de

recibir un mensaje telepático y estaba seguro de que se la enviaba Laya.

—¿Qué habrá querido decir con la esfinge?

Miró hacia la pirámide cuyo interior había escrutado. Luego, miró hacia la inescrutable esfinge e, instintivamente, manipuló en el control remoto de una de las telecámaras.

En la pantalla de vigilancia de televisión a color y tridimensional no tardó en quedar centrado el rostro de la esfinge.

—¿Qué es lo que puedes decirme, enigmática esfinge? —preguntó, como si la escultura pudiera responderle.

Había observado ya que la conservación de la colosal escultura era muy superior a la que tenían en el planeta tierra y mucho más también que la cabeza de esfinge descubierta en el planeta Marte.

De pronto, se fijó en los ojos de la esfinge. Fue aumentando el poder de la telecámara telescópica hasta que en la pantalla se centró una de las pupilas.

—¡Por todos los infiernos de la galaxia! —exclamó.

El interior de la enigmática pupila era un mapa estelar. El centro del iris era un brillo equivalente a una estrella-sol y en torno a ese núcleo, como chispeos, había puntos que contó, hasta catorce.

—Este es el mapa del sistema solar en que me hallo… —Observó que el cuarto de los supuestos planetas era azul—.

Corresponde al planeta en que estoy que es el cuarto de este sistema planetario.

No cabía duda de que el centro del ojo de la esfinge era el mapa estelar, pero ¿y el otro?

Centró el ojo y lo examinó con atención.

Allí había otro mapa astronómico que a Ikem le pareció se trataba de un mapa de estrellas. Lo observó con atención y dedujo que una de aquellas estrellas era el sol que daba vida al planeta Tierra; sin embargo, para asegurarse, envió aquel mapa a la computadora de a bordo.

En otra pantalla más pequeña apareció el mismo mapa con los nombres de las estrellas.

—Todo esto tiene que significar algo —se dijo, pensativo—. ¿Será este mapa estelar todo lo que controla la maligna esfinge, el falso cometa, porque estoy seguro de que es un falso cometa?

Era difícil encontrar una respuesta a todo aquel misterio, mas se había empeñado en hallarla y no cejaría hasta conseguirlo.

De pronto, se dio una palmada en la frente.

—¿Será posible que la esfinge se esconda en este planeta?

Con una molesta sensación de impotencia, dejó fija en pantalla la imagen de los ojos de la esfinge y de nuevo intentó poner en marcha la cosmonave para salir de aquel lugar; mas, la cosmonave seguía sin responder a sus exigencias.

Molesto, dio un puñetazo a la mesa de control. Miró luego hacia el exterior y no vio a ninguna de las gigantescas avispas, habían desaparecido.

Manipuló el control remoto de las telecámaras de la cosmonave, las tenía colocadas en diversos puntos de su fuselaje para que en torno a ella no quedara ningún punto ciego.

A través de las telecámaras no vio ya a ninguna avispa, era como si se hubieran esfumado. Respiró hondo; aunque dentro de la cosmonave se sintiera a salvo de su ataque, prefería que se hubieran marchado.

Abandonó la cabina y regresó junto a Nemrod, que seguía inmóvil sobre la litera.

—Nemrod, ¿me oyes?

—Sí —respondió despacio, en forma apenas audible.

—Buscaré la forma de quitarte esta parálisis temporal que padeces. Ahora voy a salir de la cosmonave. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Nemrod, si haces un esfuerzo, ¿podrías abrir los ojos?

—No —musitó—, ya lo intento.

Ikem trató de subir los párpados de Nemrod y no lo consiguió; era como si los bordes se hubieran soldado.

—Lo intentaremos, Nemrod, lo intentaremos. Ahora voy a salir, dejará la cosmonave cerrada y nadie te molestará.

Nemrod quedó quieto allí, a la espera de que su amigo le salvara de la difícil situación por la que estaba pasando. De no recibir ayuda, moriría de inanición.

Ikem cogió entre sus brazos el cadáver del viejo Anaem y lo llevó hasta el car, introduciéndolo en el vehículo. Manto en el *cart* y manipuló en el salpicadero. Se apeó de nuevo y procedió a quitar el cañón del rayo fundente y en su lugar colocó otro distinto, más largo.

Se dirigió luego hacia la puerta que abrió por el control remoto y salió al exterior con el car, llevando consigo el cadáver del anciano.

Dio una vuelta en torno a la cosmonave como asegurándose de que aquellas monstruosas avispas no se hubieran escondido allí.

—Parece que sí se han ido.

Se situó frente a la esfinge a prudencial distancia y apuntó con el cañón de super-ultrasonic. Disparó sin que el pulso le vacilara.

El cañonazo dio en mitad de la cara de la monumental esfinge, un rostro enigmático que por unos instantes semejó iba a resistir el impacto, mas comenzó a resquebrajarse y cayó hecho pedazos en grandes bloques.

—Nada, no hay nada, es piedra maciza.

Pese a todo, Ikem no se dio por vencido y siguió disparando contra el resto del cuerpo de la esfinge hasta convertirla en un montón de rocas informes.

Era difícil reconocer en aquellos restos a la enigmática esfinge.

—Bueno, ya tengo tu imagen guardada en la memoria de la computadora —dijo Ikem, como si hablara con la esfinge destruida.

Aceleró el *cart* elevándose a casi diez metros del suelo. Colocó el control automático para sortear obstáculos y aceleró, alcanzando una alta velocidad. La mirada humana, a aquella altura, era incapaz de verle y mucho menos, de seguirle.

Se alejó del desierto. Enfiló hacia el río y colocándose encima de él, siguió hasta el océano.

Se adentró en aquella inmensidad azul-verdosa y detuvo el *cart* en el aire, sin brusquedades. Luego, le dijo al cadáver:

—Adiós, venerable Anaem, contigo se va una civilización, una civilización perdida, pero encontraré al cometa-esfinge para que no vuelva a destruir a ninguna más.

Abrió la portezuela del *cart* atom-hovercraft y empujó el cadáver del anciano a las aguas. Lo vio golpear contra ellas y luego hundirse y desaparecer.

Sabía que aquel planeta al que no había osado poner nombre porque ya lo tenía, aunque él siguiera desconociéndolo, poseía una gran superficie acuosa, superior a la del planeta Tierra; por ello, no tuvo prisa en regresar al río y por él, al desierto. Era como si necesitara meditar.

Volaba sobre las aguas oceánicas a no mucha altura y a una velocidad moderada de cinco mach-sonic cuando observó que las aguas mostraban un color distinto, era como si tuvieran reflejos dorados. Le extrañó y trató de descubrir lo que producía aquel color. No pudo verlo con claridad para realizar una navegación subacuática.

No tardó en descubrir una gigantesca mole áurea a una profundidad

de entre trescientos y cuatrocientos metros. Podía verse gracias a que emanaba luz de ellas; de lo contrario, habría permanecido en la oscuridad de aquellas profundidades.

Ikem era consciente de que con aquel *cart* polivalente podía descender hasta cien metros de profundidad, pero no más, ya que las juntas de cierre dejarían pasar el agua por la excesiva presión; no obstante, descendió hasta los cien metros para mejor observar lo que había en aquellas profundidades.

Encendió el monofaro y trató de ver con la telecámara, lo cual no resultaba fácil; sin embargo, comenzó a tener una gran sospecha.

—¿Será la esfinge que yo busco y que reposa aquí hasta su nueva salida al espacio? Pero, ¿por qué esconderse aquí, por qué?

El cañón supra-ultrasonic, bajo el agua no tenía efectividad suficiente, no podía disparar. Ikem trató de descender más y entonces notó que por las junturas de las puertas comenzaba a gotear el agua hacia el interior del vehículo. Corría un gran riesgo.

Maniobró para ascender a la superficie y el *cart* tuvo dificultades para regresar. De pronto, todos los controles del *cart* semejaron enloquecer.

—¡Arriba, arriba!

Consiguió llegar a la superficie con control totalmente manual. Una vez sobre las aguas, se guio por la estrella-sol, ya que el instrumento de orientación fallaba totalmente.

Decidió regresar y, al alejarse, todos los instrumentos volvieron a su normalidad.

En el piso del vehículo había más de dos dedos de agua salada, aquella agua que se había filtrado por descender a una profundidad mayor de lo que el *cart* permitía.

Subió por el río hasta llegar a la metrópoli. Una vez allí, se introdujo en ella temiendo descubrir en cualquier instante el enjambre de monstruosos insectos, mas todo parecía en calma.

Irritado, molesto, enfiló hacia el palacio real.

Cuando tuvo centrada la puerta en el goniómetro electrónico, pulsó brevemente el disparador, apenas un segundo, pero bastó para que la puerta saltara hecha pedazos. Parte del dintel también se vino abajo.

Aquella edificación carecía de la resistencia que sí había tenido la pétrea esfinge, ya que se trataba de ladrillos de barro secados al sol y que seguramente el tiempo terminaría haciendo desaparecer.

Entró en la casa real que semejaba desierta. Conectó la megafonía

exterior y habló directamente por el micro que tenía en el salpicadero, sabiendo que de esta forma sus palabras saldrían por el altavoz a gran potencia, sin distorsión.

—¡Row, Row, acude a tu salón del trono o derribaré todo lo que vea, echaré abajo esta mierda de palacete que tienes!

Con su cañón supra-ultrasonic derribó varias puertas hasta llegar al salón y allí encontró al faraón del pueblo de Zamit.

Estaba pálido y solo en su trono, no tenía a nadie a su derecha ni a su izquierda. Ante la irrupción violenta del terrícola, parecían haber cogido miedo.

—¿Qué deseas, terrícola?

Row le hablaba desde su trono e Ikem, desde el interior de su vehículo. Podía oírle perfectamente al tiempo que le hablaba a través de si megafonía exterior, no quería exponerse a ningún disgusto irreparable.

—Tus doncellas han asesinado a un anciano y han paralizado a mi amigo. ¿Qué esperas conseguir con esos ataques?

—No era nuestro deseo causaros daño…

—¿No, y las malditas avispas? —Permaneció en silencio, Row no dijo nada e Ikem prosiguió—: Vuestros planes no han tenido éxito. Exijo que las tres doncellas que me entregasteis y que luego escaparon, me sean devueltas.

Row dio varias palmadas al aire y fueron apareciendo cortesanos y sacerdotes, temerosos de la reacción del terrícola que se mantenía dentro de su *cart* en previsión de cualquier posible ataque.

Aparecieron unos guardias de la corte llevando entre ellos a las tres muchachas que también estaban muy pálidas y que miraron con recelo hacia el vehículo que se mantenía en el aire sin tocar el suelo a medio metro de altura.

—Aquí las tienes, terrícola. Puedes pedir más si lo deseas, acataremos tus deseos.

—¿Dónde está la esfinge? —preguntó, sabiendo muy bien dónde estaba.

—En el desierto, junto a la pirámide.

—Esa esfinge ya la he reducido a un montón de piedras. Yo pregunto por la esfinge-cometa.

—La esfinge-cometa surca siempre los cielos viajando entre las estrellas. No podemos saber dónde está nuestra diosa.

Ikem no quiso continuar discutiendo, era muy posible que Row no

supiera más. Después de todo, ellos eran la que la esfinge había deseado que fueran, nada más.

—Cuando llegue el momento, ya os diré dónde está la esfinge y si mi amigo muere, destruiré vuestro pueblo, lo arrasaré, lo dejaré más quemado y yermo que el desierto.

Todos parecían temer que el terrícola cumpliera sus amenazas y se mantuvieron a distancia. Ikem ordenó:

—Las tres doncellas que vengan a mi «carro» y delante de todos advierto que las mataré si se transforman en insectos. Estoy armado.

El poder del terrícola no podía pasar desapercibido al monarca ni a los súbditos de Zamit.

Las tres muchachas fueron hacia el vehículo. Ikem les abrió la puerta y ordenó:

—Subid.

Ellas obedecieron. Ikem cerró la puerta y cuando ya las tuvo dentro del atom-hovercraft, les mostró la pistola que sostenía en su mano.

—Lo repito: a la que intente un ataque, la mataré.

Dio media vuelta al vehículo y salió del palacio pasando por encima de las puertas abatidas, hechas pedazos.

Se alejaron atravesando la metrópoli. No vieron a nadie, todos semejaban haberse escondido.

Las tres chicas, encogidas en el asiento posterior, permanecían en silencio. Ikem conducía con una mano y la otra la tenía ocupada en su pistola que no soltaba por si era repentinamente atacado, aunque dudaba que pudiera salir con vida si las tres se transformaban al mismo tiempo en monstruosos insectos, pues ignoraba el tiempo que duraba la transformación.

Nadie hablaba, nadie decía nada. Cuando Ikem vio la pirámide a lo lejos, detuvo el vehículo.

Apuntó a las muchachas con su arma y ordenó:

—¡Abajo!

Las tres se miraron entre sí, muy pálidas y preocupadas. Después, observaron al terrícola y Laya objetó:

—Estamos en el desierto.

—Lo sé muy bien. Vais a bajar y echaréis a andar hacia la pirámide, yo os seguiré. Cuanto más tardéis en llegar a mi cosmonave, peor para vosotras porque más sufriréis el rigor del sol y el calor de la arena. Si alguna trata de convertirse en insecto para alejarse volando, os juro que no llegará lejos, yo la reduciré a cenizas. Andando.

Las jóvenes, resignadas, se apearon del car. Una vez en el suelo, notaron el calor de la arena de la arena recalentada por la estrella-sol, pero Ikem parecía dispuesto a ser duro y despiadado con ellas.

Casi empujadas por el *cart*, echaron a andar. Ikem mantuvo la marcha del vehículo a velocidad reducidísima. El camino era largo, pero las consideraba culpables de lo ocurrido. Anaem había muerto y Nemrod, su amigo y socio, estaba extrañamente paralizado.

La primera en doblar sus rodillas y caer sobre la arena, fue Obia, pero empujada por el *cart*, reanudó la marcha.

Drea también cayó y cuando la que dobló las rodillas y sintió la quemazón de la arena candente en sus manos fue Laya, ésta se volvió para encararse con Ikem, que sostuvo su mirada a través del cristal, pero no se apeó del vehículo para ayudarla.

Laya volvió a caminar, mas no fue la última vez que dobló sus rodillas.

Drea y Obia llegaron a arrastrarse; sin embargo, el camino se hacía y no tardaron en divisar la cosmonave. Ella era el fin de aquel castigo que Ikem les había impuesto.

Laya no halló piedad en la mirada masculina, había dureza en los ojos y en los labios de Ikem. Laya no suplicó y temblando lo mismo que Obia y Drea, llegó a la cosmonave.

Una vez allí, ascendieron por la rampa, cayéndose. No lejos se veía un montón de rocas; poco antes había sido el monumento a la esfinge.

Ikem introdujo el *cart* dentro de la cosmonave *Space Spirit AM*. Cerró las compuertas, aislándose del exterior, y ordenó a las exhaustas muchachas:

—Venid conmigo.

—Sed, tengo sed —suplicó Obia.

—Venid.

—No puedo más, tengo sed —gimió Drea.

—Si lo que quieres es matarnos, mátanos. ¿O es que deseas complacerte en la tortura? —le preguntó Laya.

—No quiero la tortura de nadie, pero creo que merecéis un castigo por lo que habéis hecho y os juro que no dejaré que volváis a convertiros en insectos monstruosos. Andando.

Las llevó al camarote donde yacía Nemrod.

—Ahí está una parte de vuestra obra. Exijo que se reponga.

Las tres miraron a Nemrod; ninguna dijo nada.

—Ikem, Ikem —llamó Nemrod casi sin voz.

—Nemrod, estoy de vuelta. Siento haber tardado, pero tenía que traer a estar arpías.

—Nosotras cumplíamos órdenes —dijo Laya con orgullo.

—¿De quién?

—De nuestro rey.

—Ya. ¿Y la esfinge?

—No sábenos nada, es nuestra diosa.

—Si la esfinge es una diosa, será de la destrucción. Ahora quiero que mi amigo se recupere, ya que por el viejo Anaem nada se puede hacer.

Las tres continuaban calladas. Ikem apretó los labios para no dejarse llevar por la rabia, las hubiera abofeteado de muy buena gana, pero se contuvo.

—Está bien, ya habrá forma de arreglarlo todo. Ahora me diréis cómo habéis bloqueado la cosmonave. ¿Qué habéis tocado?

Las chicas le miraron desafiantes y continuaron sin pronunciar palabra.

—De acuerdo, queréis que sea por las malas y así será. Salid de aquí y no olvidéis que estoy armado. No voy a dejar que me asesinen o me paralicen, sois tres brujas hermosas pero tres brujas, andando.

Las empujó al corredor. Abrió un camarote y empujó a Drea a su interior. Después cerró magnéticamente la puerta.

—Vas a tener tiempo para pensar.

Obia fue introducida en otro camarote.

Laya, exhausta por la caminata, esperaba ya verse empujada dentro de uno de los camarotes convertidos en celdas; sin embargo, no fue así. Ikem se la llevó de la cabina de pilotaje.

—¿Te acuerdas cuando estabas ahí fuera y yo aquí dentro?

—No.

—Sí, sí te acuerdas. Eras un monstruoso insecto, pero nos separaba un súper cristal. Tú querías decirme algo.

—No.

—No mientas.

—No miento.

—Bien, Laya, ¿te niegas a hablar?

—¿Qué quieres que diga? Eres mi amo y señor, se me ha entregado a ti y puedes disponer de mí como prefieras.

—No deseo una esclava.

—Pues yo soy una esclava para ti.

—Está bien, está bien, ya que te empeñas, aceptemos que ahora eres mi esclava…

—Así es.

—Entonces, podría desnudar tu cuerpo y azotarte con un látigo.

—Si ése fuera tu capricho…

—Soy tu amo completo, incluso tengo poder de vida y muerte sobre ti. ¿Me equivoco?

—No.

—Jamás hubiera sospechado que me encontraría en una situación como ésta… —Rodeó a la muchacha, hablando de una forma que parecía burlarse de ella. Laya permanecía quieta, como dispuesta a aguantar todo lo que el terrícola quisiera hacerle—. ¿Tienes miedo?

Ella se mantuvo unos instantes en silencio antes de responder.

—No.

—No lo dices muy segura.

—Tú no eres malo: eres un pequeño dios llegado de las estrellas.

—Puedo ser un pequeño dios malvado; dicen que hay dioses buenos y dioses malvados.

—Tú no eres malvado.

—¿Es en eso en lo que confías?

—Una esclava ya no puede confiar en nada.

—¿Maldices a Row por haberte convertido en mi esclava?

—No. La voluntad de mi rey Row no se puede maldecir.

—El ya no es tu rey, tu dueño y señor soy yo, y Row no es mi rey. Es mi enemigo y si vuelve a atacarme, lo destruiré a él y a todo su ejército, aplastaré su ciudad completamente.

—No lo harás, mi pueblo desea vivir.

—Tu pueblo es un pueblo de cretinos mandados por una élite inteligente que supongo abusa de su situación.

—La diosa nuestra madre lo dispuso así.

—Row ya no es tu rey ni la esfinge tu diosa. Ahora yo lo soy todo para ti. Admítelo.

—Sí, lo eres todo para mí.

—¡Arrodíllate!

Laya aspiró hondo y luego se arrodilló, humillándose.

—¿Qué más deseas, amo y señor?

—Odia a Row.

—No puedo.

—¡Ódialo!

—¡No puedo! —gimió ella.

—¿Por qué no puedes, si ya no es tu rey?

—¡No puedo, no puedo! —repitió hasta estallar en un sollozo. Se inclinó tanto que apoyó sus manos y su cabeza contra el suelo—. Es mi padre, mi padre, no puedo…

—¿Tu padre?

Ikem notó como si la sorpresa le golpeara con la misma dureza que un puñetazo. Se inclinó sobre la muchacha y la cogió por los hombros.

—¿Cómo es posible?

—Lo es, es mi padre —le dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero, pero ¿de qué especie sois?

—¿Por qué?

—¿Cómo puede un padre entregar a su hija como esclava al primer desconocido que llega y que puede ser su enemigo?

—Os tenemos miedo. No debiera decirlo, pero él teme que con vuestro poder destruyáis a su pueblo.

—¿Y para calmarme me ha dado a su hija?

—Sí.

—¿Y Obia y Drea?

—También.

—¿Son tus hermanas?

—Sí, aunque nuestras madres son distintas.

—Ya. ¿Cuántas esposas tiene tu padre?

—Catorce.

—Comprendo. ¿Y todas tienen la facultad de convertirse en monstruo? Porque sois de temer.

—No.

—¿Quiénes pueden convertirse en monstruos, pues?

—Nadie.

—Yo vi cómo te transformabas en una avispa gigante.

—No era cierto, sólo fue tu imaginación.

—¿Imaginación, dices?

—Sí.

—¿Y la parálisis de Nemrod?

—El cree que Obvia le ha inyectado el veneno paralizante con su

aguijón.

—¿Y no ha sido así?

—No.

—Entonces, ¿puede levantarse?

—Todo el daño que sufre está en su mente.

—¿Sólo eso? —insistió, perplejo.

—¿Acaso has descubierto alguna herida en su cuerpo?

—No —admitió.

—Entonces, ningún aguijón le ha sido clavado. Obia se le acercó y, sugestionándole, le hizo creer que era un insecto gigante. Tenéis algunos puntos débiles en vuestras mentes que nosotras aprovechamos.

—No puedo comprender que te transformes como dices.

—Yo no me transformo, es tu mente la que ve así. Yo soy siempre igual.

—¿Obia y Drea también?

—Sí.

—¿Y el enjambre de avispas que volaron sobre la nave?

—Sólo fue una sugestión, pero tú no te dejaste llevar por el pánico y escapaste.

—¿Y tú eres capaz de sugestionarme así?

—No.

—¿Entonces…?

—Fue Row, mi padre, y sus sacerdotes.

—Él no estaba aquí.

—Sí estaba. Llegaron hasta esta cosmonave tuya que puede navegar entre las estrellas y se escondieron. Luego, nosotras nos fuimos con ellos.

—¿Por qué, para qué?

—No había fuerza suficiente para venceros. Carecemos de armas como las tuyas, las piedras ni siquiera arañan tus carros. Teníamos que defendernos de alguna forma.

—Y planteasteis sugestionarnos.

—Nosotras sólo éramos el vehículo.

—Si tu padre se acerca por aquí… —silabeó Ikem, amenazador.

—No volverá; ya sabe que con el arma de la sugestión tampoco puede vencerte. Tú no te dejas llevar por el pánico y como réplica, destruyes.

—Es mi defensa —suspiró—. De modo que lo que le ocurre a

Nemrod no es más que un problema psicológico… Si quiere levantarse, puede hacerlo.

—Sin embargo, deberá hacer un gran esfuerzo. Yo he visto morir a hombres aterrados, paralizados por el pánico creyendo que habían sido aguijoneados.

—Pues hay que reanimar a Nemrod y tú me ayudarás.

—¿Cómo?

—Diciéndole la verdad.

—No me va a creer. Para él, Obia era de verdad una avispa que le hundió el aguijón.

—Sí, el pobre debe de sentirse muy humillado porque la situación tenía que ser a la inversa —rezongó Ikem con cierta malicia.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Has de reanimar a mi amigo.

—No podré.

—¿Por qué crees que no podrás?

—Porque yo sólo era el vehículo. El poder es de mi padre y sus sacerdotes.

—De todos modos, lo intentaremos. Ah, y de la cosmonave, ¿qué es lo que robasteis?

—No lo sé.

—Sí sabes. ¿Qué se llevaron Obia y Drea mientras tú y yo estábamos en la pirámide?

—Una bola, una bola muy brillante.

—¿El poliborne interconector?

—No sé cómo se llama.

—Bueno, esa bola de oro puro la devolveréis.

—La tiene mi padre.

—En ese caso, haré venir a tu padre.

—No vendrá.

—¿Por qué?

—Os tiene miedo.

—No es mi deseo atacarles. Yo sólo estoy preocupado por la esfinge-cometa y si no puedo mover mi cosmonave, no la encontraré, pero desde aquí puedo destruir vuestra ciudad.

—¿Desde aquí? —se asombró Laya.

—Sí, y no será una sugestión, te lo prometo.

—Ya he hablado más de lo debido. Mi padre el rey jamás podrá

perdonármelo.
—¿Por hablarme de la sugestión?
—Y de lo que Obia y Drea, arriesgándose, se llevaron.
—No temas, a ti no te sucederá nada.
—Si se lo dices, me maldecirá.
—¿Y qué importa, si ya te ha entregado como esclava para que hagan de ti lo que quieran?
—Sacrifica mi vida por nuestro pueblo.
—Mira, Laya, todo este lío lo ha organizado tu padre tratando de vencernos.
—Sólo quería paralizarlos.
—¿Para qué?
—Pera haceros preguntas.
—De todos modos, ha sido un ataque sucio y habéis matado a un venerable anciano.
—Yo no puedo hacer nada, sólo obedecer. Es mejor que te vengues en mí de la muerte del anciano, mátame.
—El anciano sufrió un shock psicológico y no pudo resistir; es cierto que lo matasteis, pero…
—Nuestra intención no era la de matarlo, sólo tenía que quedar paralizado como Nemrod.
—Sí, voy comprendiendo aunque no es fácil. Todavía dudo si fue una sugestión, una visión falsa o realmente sufristeis una metamorfosis y os convertisteis en monstruosas avispas.
—Mátame si aún dudas.
Ikem se inclinó. Se arrodilló frente a Laya y la tomó por los brazos atrayéndola hacia sí.
—Mírame —le pidió.
Laya levantó el rostro despacio. Sus hermosos ojos azules estaban húmedos de lágrimas. Ikem acercó su boca a la de ella y la besó con tal suavidad que notó todo el temblor de los labios femeninos en los suyos.
—Si no pensara que te sometes como una esclava…
Ella, con voz tan ronca como la de él, preguntó:
—¿Qué?
—Te amaría.
—Ámame.
—No quiero abusar de alguien que se cree una esclava.
—Soy tuya, toda tuya.

—No quiero esclavas, quiero pareja.

—Pues como pareja me entrego, si no temes que me convierta en un monstruoso insecto.

Ikem volvió a estrecharla, ahora con más pasión. Quiso notar contra sí la turgencia de los pechos femeninos hasta aplastarlos, quiso notar en sus manos el cuerpo desnudo, la piel suave, la redondez de sus caderas, la flexibilidad y dureza de sus muslos.

—Ámame, terrícola, ámame… Simplemente porque me atraes, me dominas, me seduces, ámame…

Ikem notó los dedos ardientes de Laya resbalando por su cuerpo, acariciándolo con fuerza, como pretendiendo hundirlos en las carnes del hombre.

Doblaron sus cuerpos y el suelo no les pareció duro. Nadie les iba a molestar, todo el tiempo de la eternidad espacial era para ellos en aquellos instantes en que los segundos podían ser como siglos y los siglos, como segundos.

Dos seres de distintos mundos unían sus cuerpos hasta lo más hondo de ellos mismos, entregando y dando, iniciando un goce que ambos procurarían eternizar.

CAPÍTULO VIII

Obia y Drea habían descansado en sus respectivas literas, logrando reponerse. Sin embargo, las tres muchachas no habían conseguido despertar a Nemrod de su parálisis psicológica.

Seguía sugestionado, creyendo haber sido atacado por la monstruosa avispa que había penetrado en su cuerpo, inoculándole su ponzoña.

—Tú, Laya, te quedarás aquí, y vosotras dos iréis a ver a Row.

—¿Andando por el desierto? —se asustó la morena Drea.

—No, yo os llevaré. Quiero la bola de oro que me robasteis. Le diréis a vuestro padre que si no la devuelve, abrasaré su ciudad y no quedarán a salvo ni las cuevas. Tengo mucho poder en mi cosmonave.

Condujo a Obia y Drea al *cart*. Se enfrentó luego con Laya y la miró a los ojos. La muchacha había dejado de estar pálida; tenía las mejillas sonrosadas y sus ojos despedían un chispeo alegre.

—Voy a dejarte aquí cuidando a Nemrod.

—Te esperaré.

—Debería encerrarte en un camarote hasta mi regreso.

—Hazlo, si no te fías de mí.

—¿Crees que puedes vencer a la sugestión telepática que pueden enviar tu padre y sus sacerdotes?

—Sí, pero puedes encerrarme. Te comprendo y no me molestaré.

Él le dio un beso en los labios y dijo:

—Adiós, Laya. Confío en ti.

Ikem prefirió no pensar en el riesgo que significaba dejar a Laya como dueña y señora de la *Space Spirit AM*.

Si le ocurría algo a la cosmonave, jamás podrían salir de aquel planeta que comenzaba su historia de nuevo. Por otra parte, estaba lo que descubriera en las profundidades oceánicas.

Por primera vez en su vida, fue irracional, puro instinto, pues de haber preguntado a una computadora, habría recibido la respuesta de que no podía confiar en Laya.

Obia y Drea iban en silencio.

Ikem cruzó el desierto, llegando al río. Más tarde, arribó a la metrópoli, posándose en la explanada frente a la casa real.

—No os he hecho nada. Tú, Obia, me traerás la bola de oro que robasteis.

Drea preguntó:

—¿Y yo?

—Tú puedes quedarte con tu padre.

—Lo que tú órdenes.

—Obia…

—¿Sí?

—Dile a tu padre que cuando el sol se ponga, el rey vuestro padre y sus sumos sacerdotes actuarán con sus mentes de forma que mi amigo recupere sus fuerzas y deje de ser un paralítico.

—¿Y si no puede ser?

—Si al amanecer no ha recobrado sus movimientos, si no se restablece y vuelve a ser como era antes, al amanecer, repito, destruiré esta ciudad hasta sus cimientos.

Debía estar dispuesto a cumplir su palabra. Si aquellos seres tenían el poder mental suficiente para hacerle ver un monstruoso insecto donde sólo había una hermosísima muchacha, también podían captar sus pensamientos.

Comprendía perfectamente lo que habían pretendido al intentar paralizarlos a los dos. En unas parihuelas los habría llevado al palacio real y allí el propio Row, con ayuda de sus sacerdotes, les habrían interrogado sin que ellos pudiesen evitarlo.

Habrían dominado sus mentes y extraído de lo más hondo de ellas sus deseos, su ciencia, todo.

Vio alejarse a Obia y a Drea hacia la casa real que seguía con la puerta destrozada por el cañonazo de supra-ultrasonic disparado por el propio Ikem.

Pasaron los minutos. Ikem conectó el succionador de telesonidos para ver si conseguía escuchar algo pese a la distancia y el obstáculo que representaban las paredes.

Movió el dial del receptor y comenzó a oír ruidos y murmullos de

voces que no entendió. Cambió el dial y conectó el telerreceptor.

En la pequeña pantalla del salpicadero pudo ver a su amigo Nemrod; Laya estaba junto a él y le tocaba la frente.

En aquellos momentos, la joven ignoraba que estaba siendo observada por el objetivo de una telecámara oculta.

—Nemrod, ¿cómo te encuentras? —preguntó Ikem, enviándole su voz.

La mujer, sorprendida, miró en derredor tratando de descubrir la presencia de Ikem.

—Nemrod, ¿me oyes? —repitió Ikem.

—Sí —asintió la voz débil del amigo que Ikem, gracias a la avanzada tecnología de teletransmisiones, podía oír con más claridad que si estuviera a su lado.

—No te preocupes, te sacaré del estado en que te encuentras. Tenemos que hacer grandes cosas juntos, ya lo verás.

—Sí.

—Ikem, Ikem, ¿dónde estás? —preguntó Laya acercándose a la puerta y asomando su cabeza al pasillo, buscándola.

—Estoy lejos, en la metrópoli, pero como si estuviera a vuestro lado, puedo verte y oírte.

—¡No es posible! —dijo ella.

—¿No? Muéstrame los dedos de una mano para que yo los cuente.

Laya miró su mano, desconcertada. Ocultó el pulgar y el índice y luego levantó la mano, preguntando:

—¿Cuántos dedos hay?

Ikem rio antes de responder.

—Tres.

—¿Es verdad que me estás viendo?

—Sí.

—Entonces, tú también tienes poderes mentales.

—Tengo poderes, eso es todo. Te amo, Laya. Ahora, sigue cuidando a Nemrod, Obia regresa.

—¿Adónde?

—A mi carro. Pronto estaremos ahí con vosotros.

Cortó la conexión. Laya no le había fallado.

Obia regresó al *cart* llevando algo no muy grande pero sí pesado en su mano, envuelto en un pedazo de tela.

—¿Traes la bola del interconector?

—Sí.

La joven entró en el vehículo y le mostró la bola que fuera sustraída a la cosmonave *Space Spirit AM*. Ikem la tomó entre sus manos y la observó, no parecía dañada en absoluto. Era una pieza indispensable para la nave, pero por su perfección y durabilidad, no se llevaba otra igual de recambio.

—Bien. ¿Les has dicho lo que deseo?

—Sí.

—Esperemos que lo hayan entendido.

Hizo girar el atom-hovercraft ciento ochenta grados y retornó al desierto. Nemrod aguardaba junto a Laya.

—¿Qué ha dicho Drea?

—Lo mismo que yo.

—¿Odias a Nemrod?

—No, ¿por qué habría de odiarle?

—No sé, como tú fuiste la que se transformó en el insecto que él cree que lo ha paralizado.

—No, no le odio. Tratarán de recuperarlo.

—Eso espero, porque si Nemrod no se recupera, alguien va a lamentarlo y me disgustaría que fuera todo un pueblo.

CAPÍTULO IX

Con la cosmonave herméticamente cerrada para no ser sorprendido por nadie durante la noche, Ikem y las dos muchachas permanecían en el camarote en el que se hallaba paralizado Nemrod, al que Ikem había tratado de mentalizar para que se recuperara.

De pronto, Nemrod abrió los ojos y vio el rostro de la pelirroja Obia que estaba frente a él. La muchacha tenía unos ojos cargados de ternura y al mismo tiempo de pasión.

—Obia, Obia, ¿me amas?

—Sí, sí te amo.

Con sus manos delicadas, Obia le quitaba la ropa y luego besaba su cuerpo con mucho cuidado, con ternura infinita.

Nemrod se sintió acariciado de los pies a los cabellos. Obia lo excitaba sabiamente.

El movió sus labios y ella supo encontrarlos para besarlos. La rodeó con sus brazos y deseó amarla con toda la intensidad de que era capaz.

Nemrod sintió que todo se esfumaba ante sus ojos y entre sus brazos, era como si de repente se levantara una espesísima niebla. Parpadeó y se descubrió a sí mismo sentado en la litera.

Obia, sentada en una silla y vestida, le miraba fijamente. En el camarote también se hallaban presentes Ikem y Laya. Nemrod se palpó a sí mismo.

—¿Ha sido un sueño?

—Sí, una sugestión, más concretamente —le respondió Ikem.

—¿De veras lo que estaba haciendo ahora no era cierto?

—¿Y qué estabas haciendo ahora? —preguntó Ikem.

Nemrod carraspeó.

—Ya te lo contaré en otra ocasión.

Saltó de la litera, hizo varias flexiones y aspiró hondo en repetidas ocasiones.

—¿Sabéis? He tenido pesadillas horribles, creo que este planeta no me prueba. Veo monstruos y también a Obia.

—¿Y cómo me ves? —inquirió la propia Obia.

Nemrod, que no parecía recordar ya la monstruosa pesadilla en la que era atacado por el insecto gigante, prefería recordar la última sugestión.

—Te lo contaré cuando estemos a solas —Se volvió para preguntar —: ¿Qué hacemos ahora, Ikem?

—He descubierto algo importante.

—¿Qué es?

—No tengo la absoluta seguridad, pero pudiera ser lo que han dado en llamar la esfinge-cometa.

—¿La esfinge-cometa, estás seguro? —brincó Nemrod.

Las dos muchachas miraron a Ikem, también interrogantes.

—Vamos a comprobarlo. Puede que la solución esté muy cercana y más habiendo descubierto los garabatos que escribía el anciano Anaem.

—¿Garabatos, qué clase de garabatos?

—¿Recuerdas que le preguntamos qué era el *gonium*?

—Sí, claro. Ellos fueron atacados por la esfinge-cometa cuando disponían y utilizaban ese extraño material al que llamaban *gonium*.

—Exacto.

—¿Quieres decir que has dado con el *gonium*?

—El *gonium* es lo que utilizamos como núcleo energético en nuestra nave, Nemrod, lo llevamos a bordo.

—Imposible, nosotros llevamos el *alieg-220*.

—Que es una aleación de plutonio y de los elementos artificiales *cyron* y *orion*, enriquecida por bombardeo de super-protones. Eso es el *alieg-220*, y por lo que se deduce de los garabatos del venerable Anaem, ellos utilizaban lo mismo. Fíjate, no son los mismos signos pero sí idénticas ecuaciones, no falla ni uno solo de los exponentes de las valencias del peso atómico ni del peso molecular.

Nemrod tomó la hoja en la que el viejo Anaem había anotado sus últimas conclusiones y la observó. Al fin, preguntó:

—¿Lo has comprobado todo con la computadora?

—Sí, y no falla. El *gonium* que utilizó la civilización desaparecida es lo mismo que lo que nosotros llamamos *alieg-220* y que llevamos en

nuestra nave para poder surcar las grandes distancias interestelares.

—Entonces, la civilización a la que pertenecemos está en inminente peligro.

—Eso creo.

—Pues no hay tiempo de avisar a la comandancia general de las milicias espaciales de la Confederación Terrícola para que se ponga en estado de alerta e impidan el acercamiento de la cometa-esfinge.

—Tú lo has dicho, Nemrod, no hay tiempo y si es cierto lo que supongo, la cometa-esfinge reposa ahora bajo las aguas oceánicas de este planeta, esperando salir para su próxima destrucción.

—¿Y por qué, por qué lo hace?

—No lo sé y quizá no lo averigüemos nunca, pero si lo que yo he visto se trata de la esfinge-cometa, hay que ir a su encuentro.

—Vamos ahora mismo, ¿a qué perder más tiempo?

—Lo que importa es que logremos detener para siempre a esa diosa de la galaxia que destruye a las civilizaciones por donde pasa. Voy a poner la cosmonave en marcha. —Se volvió hacia Laya y Obia—. ¿Queréis que os dejemos en la metrópoli?

—¿Para qué? —preguntó Laya.

—Para regresar con los vuestros. Nosotros no queremos esclavas.

—Yo voy contigo hasta la muerte —dijo Laya, resuelta—. Ya no puedo regresar.

—Digo lo mismo que Laya —manifestó Obia.

—No seas tonto, Ikem. Ahora tenemos pareja y acompañado se viaja mucho mejor aunque sea al mismísimo infierno que es adonde nos va a enviar la esfinge.

—Pues adelante. Laya, Obia…

—¿Sí? —respondieron las dos al unísono.

—Deberéis aprender a colaborar. De momento, no os separéis mucho de nosotros.

Ikem fue a la cabina de pilotaje y allí puso el motor principal en ignición. Maniobró con la cosmonave para asegurarse de que no tenía fallos y dejaron pasar el tiempo hasta que llegó la amanecida.

Fue entonces cuando la cosmonave se elevó al cielo a no mucha altura para descender después en oblicuo y lo hizo sobre las aguas oceánicas.

Ikem tenía grabadas las coordenadas en la pequeña computadora del *cart*. Llegó al lugar y se situó sobre las aguas, a unos veinte metros de

altura.

Se estabilizó en el aire, inmóvil como si estuviera sostenida por poderosas vigas de hormigón armado ahora invisibles.

—Está abajo. ¿Ves esa sombra dorada en la pantalla?

—Sí, sí, veo la sombra, pero eso puede ser un valle de coral profundo.

—No es coral, Nemrod, es algo más. Comprueba el detector de metales.

Conectó el detector de metales y las agujas casi saltaron dentro de sus esferas. Nemrod silbó de admiración.

—¡Oye, ahí abajo hay toneladas de oro!

—El oro es la envoltura. En mi opinión, la esfinge no es más que una nave que esconde algo dentro.

—Pues si dentro hay seres, ya nos habrán detectado.

—Es posible. Tenemos preparada una carga nuclear para lanzarla abajo. Si hay bollo, soltaremos la carga y que pase lo que tenga que pasar. ¿Comprendido?

—Comprendido. ¿Y no sería mejor lanzar la bomba ahora?

—Antes quiero descender y ver qué es eso. Después de todo, sólo tenemos una carga de alta potencia y si la desperdiciamos ya no tendremos otra oportunidad. Ten en cuenta que no somos una nave de combate, sino exploradora, una nave aventurera como dicen muchos en la Tierra.

—¿Y cómo piensas bajar?

—Lo intenté con el *cart*, pero es demasiada profundidad, lo haré con el batiscafo que tenemos.

—¿No será demasiado riesgo?

—El riesgo está aceptado de antemano. Tú controlarás el cable desde aquí arriba y yo bajaré.

—No sé de qué se trata, pero me gustaría ir contigo —le dijo Laya.

Ikem miró a la muchacha, la contempló en silencio durante unos instantes para decirle después:

—El batiscafo es suficientemente grande para que quepamos dos, muy juntitos, casi abrazados.

—Mejor —dijo Laya.

—En ese caso, no perdamos tiempo.

Prepararon el batiscafo y se abrió una trampilla en la panza de la cosmonave. Ikem tendió su mano a Nemrod para estrecharla al tiempo

que le decía:

—Si sucede algo —vaciló— no nos volveremos a ver. Manda un mensaje al planeta Tierra para que se pongan en guardia, envíalo cada hora.

—Lo haré, no te preocupes. Esta vez no cogerá a una civilización por sorpresa.

Los dos amigos se separaron. Ikem hizo pasar a Laya al interior del batiscafo y cerraron la puerta hermética. Luego, el cable, verdadero cordón umbilical que les unía a la nave y por el que además de la seguridad de estar unidos a alguna parte les llevaba el aire, la electricidad y la intercomunicación, comenzó a descender.

La burbuja metálica y de cristal en que iba encerrada la pareja chocó contra el agua y se hundió en ella mientras la cosmonave permanecía suspendida sobre las aguas sin cambiar de posición.

El batiscafo comenzó a descender y no tardó en hacerse la oscuridad en torno a ellos. Ikem encendió los focos.

—¡Mira, ahí está!

Laya observó:

—Es algo dorado que no tiene forma.

—Sí la tiene, lo que sucede es que por lo grande que es no podemos abarcarla con perspectiva y verla bien.

—¿No podrías estar equivocado?

—Sí, pero… —Movió la palanca del intercomunicador—. Nemrod, ¿me oyes?

—Sí, sí os oigo. ¿Estáis bien?

—Sí.

—Magnífico. ¿Hay algo por ahí abajo?

—Creo que sí. Avanza cuarenta grados a estribor y unos quinientos metros de proa. ¿Comprendido?

—Sí, cuarenta grados estribor y quinientos metros de proa.

—Exacto.

—¿No corréis riesgo? Podéis daros un tortazo contra alguna roca submarina.

—No te preocupes, no hay problemas aquí abajo.

Se movió la cosmonave y al hacerlo ella, se desplazó también el batiscafo que pendía del cable unido a la nave.

—Magnífico, ahí abajo termina la zona áurea. ¡Nemrod, Nemrod!

—Te oigo.

—¡Basta, paraliza la nave!

—De acuerdo.

El batiscafo hubo de soportar un movimiento pendular durante unos pocos minutos, pero al fin adquirió estabilidad.

—Ahora va bien —dijo Ikem, y activó de nuevo el motor que hacía descender el batiscafo, enfocando con los potentes faros hacia la zona áurea.

—¡Ikem, Ikem!

—Sí, sí, ya la veo…

De las profundidades submarinas acababa de surgir, ahora visible, el rostro de la esfinge. Grande, muy grande, con los ojos muy abiertos pero de mirada perdida.

—El monstruo reposa bajo las aguas —rezongó Ikem—. Es un cuerpo y garras de león, con una cabeza de mujer con tiara de velo y una diadema de estrellas sujetándola.

Llena de desconcierto, Laya preguntó:

—¿Y qué hace ahí abajo?

—Reposar.

—¿Tiene vida?

—Como si la tuviera. Para mí es una nave espacial.

—¿Como la tuya?

—Muy superior a la mía. Es casi cien veces más grande y lo que interesa averiguar ahora es si hay seres dentro de ella.

—¿Cómo lo sabrás?

—Acercándonos a sus ojos.

—¿Ellos te lo dirán?

—Es posible, para mí son ventanas. —Volvió a hacer funcionar el intercomunicador—. Nemrod, ¿me oyes?

—Sí, te oigo.

—Se trata de un trabajo muy fino. Hemos de acercarnos a la cara de la esfinge y si lo hacemos mal, el batiscafo se aplastará y si eso ocurre lo mejor es que cortes el cable y te olvides de nosotros.

—Espero no ser tan bruto. Dirige la maniobra a tu gusto y yo moveré la *Space Spirit*.

—Eso es, Nemrod. Suerte, vamos a necesitarla.

CAPÍTULO X

El batiscafo se acercó a uno de los ojos de la inmensa esfinge hasta llegar a golpearla ligeramente. Aquel ojo era, en sí mismo, cuatro veces mayor que el batiscafo.

—¿Qué es eso, Ikem?

—No lo sé, son seres extraños.

Realmente, eran muy extraños, se les podía ver a través de la ventana que era el ojo de la esfinge. Su aspecto era repugnante, una mezcla de moluscos e insectos, aunque llamarles insectos era tildarlos de hermosos.

—Sean lo que sean, no se parecen en nada a nosotros.

—Entonces, ¿por qué esta nave tiene una cara que es similar a la nuestra?

—No lo sé, quizá sea para impresionarnos.

—¿Por qué?

—Debemos ser sus enemigos naturales en la galaxia, por eso destruyen las civilizaciones humanas que llegan a un alto desarrollo tecnológico capaz de descubrir lo que unos llamaron *gonium* o nosotros los terrícolas hemos nominado como *alieg-220*.

—Nos miran.

—Creo que nos odian o nos temen. Si pudieran destruirnos, lo harían ahora mismo, pero posiblemente no pueden.

—¿Por qué, si son poderosos?

—Su cosmonave está en reposo. Es posible que esté en reparaciones y ahora que me doy cuenta, hay algo importante…

—¿El qué?

—Dentro de la esfinge hay agua. Fíjate cómo se desplazan…

—Es cierto, hay agua.

—Son seres subacuáticos, por ello reposan bajo las aguas. Si descendemos al fondo, puede que veamos sus escotillas abiertas.

De súbito, un haz rectilíneo de luz brotó desde el fondo de las aguas y en el batiscafo escucharon un ruido extraño.

—Nos disparan.

—¿Nos destruirán?

—Puede. —Ikem abrió el intercomunicador para llamar a su amigo —. ¡Nemrod, Nemrod!

—Te oigo, Ikem, algo se mueve ahí abajo.

—¡Nos atacan!

—Me lo temía.

—¡Arriba!

El propio Ikem dio al botón de ascenso rápido mientras nuevos disparos de fotones rectilíneos buscaban al batiscafo para destruirlo.

Fue como si comenzara un temblor de tierra submarino; Ikem captó las vibraciones.

—¡La cosmonave esfinge se mueve! —gritó Laya.

Efectivamente, la esfinge se movía, reaccionaba abandonando su actitud de reposo. Su gran volumen y peso hizo que las aguas también quedaran afectadas y el batiscafo comenzó a oscilar peligrosamente por encima de la cabeza dorada de la esfinge.

—Lástima que desde aquí no se la pueda atacar —se lamentó Ikem mientras subían dando bandazos en movimiento pendular.

Laya y él se abrazaron mientras las luces del batiscafo se encendían y apagaban.

La esfinge se movía muy pesadamente bajo las aguas, como si fuera un gran monstruo con vida.

Pese a las sacudidas, el batiscafo llegó a la superficie y fue absorbido por la panza de la cosmonave terrícola.

Nada más llegar a zona de seguridad, Ikem saltó fuera del batiscafo, dándose prisa en abrir la puerta hermética.

—¡Rápido, Laya!

La ayudó a salir del batiscafo y cogiéndola de la mano, la hizo correr hacia la cabina de control.

—¡Nemrod, Nemrod!

—¡Ikem! ¿Estáis bien?

—Un poco magullados pero bien.

—Eso cosa que hay abajo se está moviendo mucho, fíjate en cómo se

remueven las aguas.

—Son seres inteligentes que odian a los humanos que viven en tierra firme, ellos son subacuáticos,

—¿Los habéis visto?

—Sí, y estarán filmados en la cámara del batiscafo.

Ikem saltó sobre la butaca de mando y se hizo cargo de la nave, elevándola en círculo sin separarse de aquel lugar cuando las aguas se encrespaban más y más.

—Voy a lanzarles la peladilla.

—¿Ahora?

—Sí.

—La onda expansiva puede afectarnos.

—Hay que correr ese riesgo. Si sale de las aguas, adquirirá toda su potencia de ataque. Por lo visto, bajo el agua se encuentra un tanto indefensa.

—¡Ikem, Ikem!

—¿Qué pasa ahora?

Nemrod mostró el panel de controles y las luces cambiantes.

—¡Se han vuelto locas!

—Sí es la energía que despide la esfinge. No podemos esperar más o perderemos el control total de nuestra cosmonave. Es lo que debió sucederle a las milicias que poseía la civilización desaparecida de este planeta.

Pulsó el botón rojo de disparo y un cilindro brillante se desprendió de la cosmonave, hundiéndose en las aguas mientras la cosmonave terrícola seguía ascendiendo.

—¡No escaparemos! —rugió Nemrod.

—¡Sujetaos bien a las butacas! —pidió Ikem a las muchachas.

La bomba se hundió en las aguas, comenzó a descender mientras el océano se agitaba como si se hubiera desencadenado una súbita y violenta tempestad.

Las pantallas de la cabina de mandos estaban todas conectadas, enfocando las turbulentas aguas entre las que, de pronto, comenzó a emerger la cabeza de la esfinge áurea que una vez en el cielo se transformaría en un falso cometa, un cometa artificial que se crearía una larguísima cola de energía que deslumbraría a quienes la vieran, porque parte de su fuerza radicaba en el impacto psicológico que causaba en sus víctimas.

—¡Es la esfinge emergiendo de las aguas, miradla! —exclamó Ikem.

—¡Por todos los meteoros del infierno, es fantástica!

—Sí, pero ¿por qué no estalla la bomba?

—¡Tiene que estallar! —gritó Nemrod.

—Si la esfinge logra escapar de las aguas, la bomba no habrá servido de nada, de nada.

La bomba nuclear estalló al fin, fue un auténtico rugido en las entrañas del océano.

La esfinge semejó emerger más, como si fuera a abandonar las aguas. Luego, en torno suyo brotó una inmensa columna de humo y vapor y una luz vivísima mientras el fragor se expandía por todas partes y las aguas se encrespaban como si quisieran dejar vacías las simas abisales del océano.

La cosmonave terrícola fue zarandeada tempestuosamente. Todos sus controles se hallaban enloquecidos, habían perdido el control y no conseguía gobernarla.

Era como un trozo de papel sacudido sobre una hoguera por las oleadas de aire caliente que ascendían en espiral hacia el cielo.

La esfinge se resquebrajó, partiéndose en dos.

De su interior brotó una horrible llamarada. Millares de extraños seres se deshicieron en el fuego, debatiéndose en medio de verdaderas montañas de agua que rugían.

Se creó un gran hoyo y la esfinge tornó a hundirse en medio de chorros de vapor y gases mientras el agua hervía en kilómetros a la redonda.

El cielo se cubrió de nubes negrísimas y se ensombreció.

La cosmonave quedó en la espiral de aire caliente y fue elevada hasta los confines de la atmósfera. Luego sobrevino la quietud mientras el maremoto nacido en aquel lugar se expandía en círculo en todas direcciones.

La cosmonave *Space Spirit AM* dejó de girar y volvió la quietud. Las dos muchachas estaban mareadas y aturdidas, eran demasiadas emociones en un espacio de tiempo brevísimo.

Ikem, perfectamente preparado para aquellas situaciones especiales, se hizo cargo de la cosmonave y tomó de nuevo el mando. Los controles volvieron a obedecer.

Manipuló las telecámaras y éstas enfocaron hacia el océano.

En pantalla sólo vieron nubes que, impulsadas por el viento, comenzaron a desplazarse y lo hicieron en dirección a tierra firme.

—¡Nemrod, la hemos destruido, la hemos destruido!

—Sí, pero nadie va a creernos cuando digamos que hemos salvado a nuestra civilización.

—No temas, tenemos grabado todo lo que ha sucedido en este desconocido planeta.

—No creo que nos paguen nada.

—Olvida tu materialismo, Nemrod —le respondió amistoso—. Lo importante es, aunque no nos crean, que nosotros sabemos que hemos salvado a nuestra civilización.

—Sí, claro, nosotros lo sabemos. Además, abajo debe haber toneladas de oro…

—Cuando la situación mejore bajo las aguas descenderemos para investigar. La verdad es que hay una cosa que me gustaría horrores…

—¿El qué?

—Llevarme entera la cabeza de la esfinge, encadenada a la cola de nuestra nave como un trofeo.

Nemrod se echó a reír. La pesadilla semejaba haber llegado a su fin.

CAPÍTULO XI

El faraón del pueblo de Zamit oyó el terrible fragor, que hacía temblar los ladrillos de las paredes.

Drea, su hija, corrió hasta el salón del trono donde se hallaba él con sus sacerdotes y los cortesanos que comenzaban a mirar en torno suyo.

—¡Majestad, Majestad!

—Drea…

—¡Majestad, es la maldición de los hijos de los dioses!

—No es posible. Ellos dijeron que no se vengarían.

—Quizá Nemrod no se haya recuperado.

—Le enviamos buenos deseos, le deseamos placer… Sugerimos que todo lo que deseara fuera cumplido en su mente y después, despertaría.

—Sí, sí, Majestad, pero murió el anciano Anaem.

—Fue un accidente.

—¡Majestad, la tierra tiembla! —gritó uno de los sacerdotes.

—¡Hay que refugiarse, la ira de los dioses cae sobre nosotros! —chilló otro de los cortesanos.

—¿Qué podemos hacer, salvo seguir en nuestros puestos? —dijo el faraón, casi como una sentencia.

Un sacerdote llegó gritando:

—¡Majestad, Majestad!

—¿Qué nuevas traes?

—Las fuerzas desencadenadas ascienden por el río y el cielo se ha cubierto de horribles nubes.

—Los que deseen refugiarse pueden hacerlo y los que quieran quedarse junto al trono que se queden…

Hubo vacilaciones y las primeras carreras se produjeron.

Drea se dejó caer a los pies de su padre mientras cortesanos y

sacerdotes corrían en todas direcciones.

—Si hemos hecho mal contra los dioses o los criados de los dioses, que han llegado en su carro por entre las estrellas, merecemos ese justo castigo.

—Yo me quedo junto a ti, padre.

Era la primera vez que Drea dejaba de llamarle Majestad, el monarca no se movió, pero el fragor que antes fuera leve, llegó hasta el palacio y el caos se apoderó de la metrópoli.

Una gigantesca ola derribó las primera casas de ladrillo, perdió fuerza al llegar al palacio real, construido sobre levas en las que se habían salvado los seres del pueblo Zamit mentalmente inferiores, los no escogidos, ya que habían sobrevivido cargados en la pirámide.

Los cortesanos y sacerdotes que pretendieron escapar, se introdujeron por las cuevas creyendo que así escaparían a la ira de los dioses, pero aquellas cuevas de cientos de galerías eran como una esponja que absorbieron el agua y allí se fueron cuantos creyeron hallar refugio.

Gran parte de la metrópoli fue arrastrada por las aguas junto con los endebles ladrillos con que estaban construidas las viviendas.

Después, el fragor cesó y comenzó la intensa lluvia, una lluvia sobrecogedora. Como vulgarmente podía decirse, llovía sobre mojado.

El agua penetró en el palacio.

Algunas paredes y techos se vinieron abajo, pero llegando al salón del trono, apenas alcanzaron dos palmos de altura.

Drea, junto a su padre y los que allí permanecieron, salvaron sus vidas mientras alrededor del palacio flotaban cientos de millares de cadáveres en un agua salada que pronto habría de retirarse por su cauce natural, que era el río.

EPÍLOGO

A bordo de la *Space Spirit AM*. Ikem preguntó a las dos muchachas:

—¿Queréis bajar?

—No.

La respuesta fue a dúo y ambas movieron sus cabezas negativamente.

—Abajo comenzará una nueva era. Creerán en nuevos dioses y levantarán otras pirámides creyendo que si sepultan a sus muertos dentro de ellas, éstos alcanzarán la vida eterna porque regresarán del Más Allá, sin querer comprender que la primera pirámide no fue una tumba ni un templo sino simplemente un refugio.

—¿Y por qué crees que eligieron a algunos seres para que la humanidad terrestre superviviera? Les habría sido más fácil exterminarlos a todos, ¿no?

A la observación de Nemrod, Ikem respondió:

—A ésa y a otras muchas incógnitas, me temo que jamás hallaremos una respuesta que pueda complacernos. Quizá haya más esfinges en otros mundos desconocidos, esperando para emerger de las aguas y destruir a civilizaciones enteras. Hemos conseguido viajar entre las estrellas, pero aún somos insignificantes, ridículos corpúsculos dentro de la inmensurable galaxia donde tantas y tantas sorpresas nos aguardan. ¿Cuántas clases de seres distintos habremos de encontrar, cuántos se parecerán a nosotros como Obia y Laya?

—Tienes razón. ¿Y qué haremos ahora?

—Abandonar este planeta al que algún día regresaremos. Es mejor que el pueblo de Zamit recobre la tranquilidad y nos olvide. El oro no se descompone en las profundidades del océano, ya volveremos para recuperar el cascarón de la esfinge.

Ikem puso en marcha los motores de la cosmonave *Space Spirit AM* y con gran impulso abandonaron la órbita del planeta del que eran originarias Laya y Obia.

Poco después, sólo eran un punto azulado perdiéndose entre las estrellas.

Ikem conectó el control automático y detuvo los motores dejando que la cosmonave cruzara el espacio sideral con el impulso que ya llevaba.

Se volvió hacia su compañero Nemrod y preguntó:

—En el frigorífico tenemos champaña, ¿no?

—Sí, sí, tenemos, pero estas preciosidades no sabrán qué es eso.

—No te preocupes, pronto lo averiguarán. Ah, eso sí, después de tomar unas copitas, tú te vas adonde te dé la gana con tu Obia, que yo haré lo mismo con esta preciosidad que se llama Laya. La nave es suficientemente grande como para que no nos molestemos. Además, el tiempo es nuestro.

El marciano-terrícola se echó a reír, malicioso.

Laya y Obia se miraron entre sí, rieron un poquito por acción simpática y después Laya, muy intrigada, preguntó

—¿Qué es la champaña?

FIN